



DESPIERTA

MONIBA HOFF

DOLCE
BOOKS



DESPIERTA

MONIKA HOFF

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[Mis preciados recuerdos](#)

[Diario de Zozo](#)

[AGRADECIMIENTOS.](#)

A Ruth, la otra mitad de esta aventura.

Ya mis tres amores.

PRÓLOGO



Hace mucho, mucho tiempo atrás, la intrépida Daniella, quien no creía en cuentos fantásticos, se adentró en las feroces fauces de una cueva, que decían, las malas lenguas, estaba testada de hediondos aromas. Pero ella, tan valiente y maravillosa que era, ¡no les hizo caso!, y tan pronto hubo entrado soltó su bandera con "Daniella estuvo aquí" y se echó una siesta.

Después de todo se la merecía, había andado por horas y horas.

Estaba agotada y la humedad que había allí tampoco es que ayudase a estar para echar cohetes.

Se sentó en una pequeña esquina libre de piedras y suspiró, orgullosa, por haberlo logrado. No cualquier niña de trece años era capaz de semejante hazaña.

Bostezó y apoyó la cabeza en la pared rocosa. Si estuviera donde debería estar, se prepararía un tazón de leche caliente. Pero no, ella había preferido llevar la contraria y así estaba ahora. Sin fuerzas.

Cerró los ojos pensando en descansar un rato. Dejó a su mente hacer su trabajo de recordar cómo había llegado hasta allí, de cuán poco le costó (seguramente se estaría diciendo eso a sí misma, cuando estuvo a punto de despeñarse más de cinco veces ladera abajo) llegar a aquella cueva, apartada de toda civilización. De cómo el cargado aire sentenció sus pequeños pulmones a quedarse sin apenas aire, pero que siguió como si el aire para ella estuviera de adorno. Recordó lo impresionante que era la cueva, tan grande, tan fornida, tan esbelta como una señora.

La cueva llevaba años existiendo, como todas las cuevas y como toda cueva estaba llena de rocas, y a Daniella le pareció que cada roca y piedra que allí reposaba era muy distinta a tantas otras tanto dentro como fuera, como si cada una fuera una persona distinta en el mundo, con sus pensamientos, con sus sentimientos, con sus quejas... Se perdió por sus pensamientos durante un rato más.

De un manotazo se quitó la mano que tenía posada en su cabeza. Suspiró de alivio y volvió a acomodarse.

—Despierta —escuchó esa aguda voz mientras la mano volvía, esta vez, a tocarle los párpados.

Daniella protestó y volvió a darle otro manotazo. Sólo que esta vez fue a su propia cara. Aturdida, pestañeó y abrió los ojos. Arrugó la nariz, pensaba que todo había sido un sueño.

Craso error.

Pero ya todo estaba hecho, había comenzado a adentrarse más en la cueva, movida por la curiosidad que tantas historias había creado. Vio cómo las paredes tenían musgo pegado de una singular manera, pues simulaban dibujos como tantas veces había visto en las paredes de su pueblo. Pero no eran dibujos de cosas que ella supiera qué significaban, había como pájaros al lado de árboles, al lado de picos de montaña, al lado de otras cosas que ella no distinguía claramente. Quitando esos detalles nimios, aquella cueva la desilusionó al comprobar que no era más que una cueva más.

Tenía trece años y mucha imaginación. Quizás esperaba... bueno, yo no sé qué esperaba encontrar. La cuestión es que se desilusionó.

Pesarosa, miró con desdicha al techo, pero lo que allí se encontró no fue un techo rocoso... que habría sido lo normal teniendo en cuenta que estaba en una cueva, se encontró una manada de manchas negras de ojos brillantes que la miraban con hambre. Daniella empezó a temblar. Podía adentrarse en una cueva desierta en lo más recóndito de un bosque encantado. Pero murciélagos... Ese ya era otro tema. Les tenía pánico.

Empezó a darse la vuelta para salir corriendo (sin pensar que hacer eso los alertaría a todos cuando lo más normal sería que caminara lentamente hacia atrás y no los enojara), cuando alguien la detuvo.

—No lo hagas —susurró una inteligente voz.

Daniella giró la cabeza bruscamente a la izquierda e intentó ver entre las sombras al ser que se encontraba allí.

—Yo... yo... —tartamudeó, no era capaz de decir nada más.

—Tú quieres salir corriendo, imagino que te darán miedo los murciélagos. Porque habrás pensado que eran eso —la voz cada vez se escuchaba más cerca.

—¿Quién eres? —consiguió preguntar.

—¿Yo? ¿Que quién soy? —se rio— Dímelo tú.

Daniella resopló, no estaba para escuchar tonterías, tenía decenas de seres asquerosos chupasangre encima de su cabeza que en cualquier momento le morderían o la convertirían en vampiro (sí, había leído muchas historias ella), para andarse preocupando por alguien a quien no veía. Ella solo pensaba en correr.

—Te dije que no lo hagas. ¿Acaso quieres que todos vayan a por ti como su próxima presa?

Esto la paró en seco. No había pensado en eso. En realidad nunca pensaba mucho las cosas. Ella se escudaba en que era una niña y tenía que correr aventuras, pero un poco de sentido común no le vendría mal. Claro que eso no se le podía decir, las aventuras estaban antes.

—Me quiero ir —dijo con voz segura esta vez.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? Bueno, esto...

—¿Crees que son vampiros, Daniella?

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo dijiste tú.

Daniella estaba empezando a impacientarse.

—Mira, no tengo tiempo para tonterías— dijo auto convencándose de que todo estaba bien—. Me da igual quién seas, o quiénes son esas cosas, yo me voy a casa y no hay más que hablar.

Comenzó a andar sin mirar atrás creyendo ir hacia la salida de la cueva, la muy ingenua no sabía de las genialidades de esta “simple” cueva.

—Espera —susurró de nuevo la molesta voz. Qué diantres querrá hacer o decir ahora—, por ahí no es.

—Detesto a esa desagradable voz que suena. Debería saber cuándo callar... debería... Debería ¡morir!

¿¡Eh!?

Bien, su voz sonó tan fuerte que las criaturas se abalanzaron sobre ellos desde las alturas. Se pegaron a sus cuerpos como mucosas salvajes que eran.

Este es el fin para las mucosas que van en busca de lo que no tienen que buscar, en vez de quedarse en casa cenando un tazón de cereales con leche.... ¿pero, qué? De pronto un haz de calor hizo chillar a las criaturas pegajosas, teniendo que deshacerse de sus presas y dejando a la pringosa Daniella libre de nuevo. Daniella se palpó todo el cuerpo y empezó a sentir escalofríos, era la primera vez que veía aquellas criaturas, pero sentirlas en su cuerpo, le hizo pensar que casi prefería haberse encontrado con murciélagos, y aquello la sobresaltó demasiado.

Se levantó del suelo, respirando pesadamente, parecía que el corazón le iba a salir por la boca. Cogió aire lentamente. Más vale que os tapéis los tímpanos, queridos lectores...

—¿¡Pero qué eran esas cosas?! —gritó a pleno pulmón. Después se preguntaría por qué siempre estaba ronca...— Jo... —se calló instantáneamente, recordando su edad y que había ciertas palabras que no debía decir— Pfff, ¿¡qué eran esas cosas?! —gritó más fuerte y agudamente esta vez, si es que eso era posible.

Nadie respondió así que miró a su alrededor, esperando ver al ser con el que había hablado minutos antes. Iba a gritar de nuevo (lo sé porque estaba volviendo a llenar sus pulmones de aire) cuando una sonora carcajada retumbó en la cueva.

Daniella abrió los ojos, incrédula.

—¿Te estás riendo? —preguntó.

Pregunta que no necesitaba, la voz no dejaba de reír.

—Perdón, —dijo entre risas— es que no te viste.

—Que no me vi... ¡Que no me vi! ¡¿Cómo me iba a ver si esos seres estaban a punto de hacerme puré?!

—Eres un poco exagerada —seguía riendo.

Como Daniella no me escucha, os lo digo. La verdad es que un poco exagerada sí era la niña, o un poco peliculera más bien. Pero bueno, ella se divertía.

—Soy exagerada. —refunfuñó mientras empezaba a caminar de un lado para otro— Unos asquerosos bichos se abalanzan sobre mí para chuparme la sangre cuales sanguijuelas y tú me dices que soy exagerada... No puedo creerme esto, a ver por qué no me tomé el tazón de leche y me metí en mi cama en vez de hacer lo que hice. Siempre igual, —empezó a mover las manos exageradamente— la próxima vez haré caso a los adultos y dejaré de meterme en líos. Pfff, —resopló de nuevo, eso también lo hacía mucho— cualquier día muero de un infarto —dijo esto ya quieta, con una mano sobre su pecho y la otra en la frente. Peliculera.

—Claro que sí —convino la voz que más bien sonaba como que no la creía. Ser inteligente...

—Y tanto que sí. —aseguró ella de nuevo— No estoy dispuesta a morir joven, soy una niña, tengo trece años, tengo muchas av... —se interrumpió, sabía que iba a meter la pata con la frase.

—Aventuras que vivir. —terminó la voz por ella— No puedes negar lo que eres, Daniella.

—Yo no...

—Ahora dime, —no la dejó hablar— ¿estás dispuesta a vivir cada una de esas aventuras?

—¿Qué aventuras? —preguntó ella, haciéndose la tonta.

—Aventuras como esta, Daniella.

—No te entiendo —negó con la cabeza. Realmente no lo entendía.

—Déjame explicarlo de otra manera. —la voz carraspeó— ¿Estás dispuesta a vivir cada uno de tus sueños y pesadillas?

Daniella siguió mirando a su alrededor, preguntándose dónde estaba, de quién era aquella voz,

porque de alguien tenía que ser, o al menos eso era lo que su mente algo lógica le reprimía. Las voces no pueden ir por ahí solas por la vida, como tampoco pueden ir los pies sin el resto del cuerpo.

CAPÍTULO 1

Pfff... el comienzo



Daniella era una niña muy curiosa que nunca solía hacerle caso a las cabezas pensantes de las personas de su alrededor. Y esto, muchas veces la llevaba a meterse en verdaderos problemas. Pero bien que le hacía caso a las voces sin cabeza que escuchaba en mitad de las cuevas en las que se adentraba. Era una niña muy extraña.

Caminaba por un extenso pasillo de cristal líquido espeso, tan espeso que cuando pisabas por él, tus huellas se quedaban impresas como si de barro se tratase. Pero la suela te la dejaba limpia, invento de los diminutos del sur. Ella, por supuesto, iba sin darse cuenta de este detalle, si se fijara más en las cosas que debía fijarse, estaría ahora en el séptimo sueño. Pero ella no era así. Y aquí estamos.

Se encontraba en un edificio colindante de la cueva, estaba enteramente hecho de cristal, con las paredes bien alejadas del pasillo flotante. A veces caían gotas del techo, a veces se oían sollozos, eso era algo que le inquietaba a Daniella. Pero seguía caminando con el paso firme, como si no fuera la primera vez que estaba aquí.

—¿Hola? — dejó caer de pronto.

Y los sollozos pararon al mismo tiempo que dejaron de caer gotitas. Aunque pasados unos minutos, unas gotitas empezaron a subir hacia el techo y unas risas demenciales empezaron a brotar de las

lejanas paredes.

—Esto es un mundo de locos —se quejó en voz baja.

Se acercó a uno de los cristales y, lentamente, al ver su reflejo, acercó la mano para tocarlo.

—Lo que me faltaba, una sala llena de espejos —negó con la cabeza, demasiado típico.

Todo el mundo les tenía miedo a los espejos, pensaban que escondían oscuros secretos tras ellos. Todos menos ella, claro. Ella era muy valiente, hacía falta algo más para asustarla. Además, ¿un mundo dentro de un espejo? En fin... Había que tener más imaginación.

Miró la imagen reflejada y sonrió.

Pero la imagen no lo hizo.

El brinco que dio Daniella fue digno de ver. Apareció en la otra punta de la sala en cero coma...

—Pfff... —su resoplido favorito— Vas a perder la cabeza, Daniella. Inspira, espira... Son los nervios y el cansancio, nada más. Y el hambre y la sed y... Bueno, da igual, no viste lo que es.

Ya más tranquila, caminó lentamente, muy lentamente, hacia el espejo. Podía mirar cualquier otro, sería por espejos... Pero no, era Daniella la valiente, tenía que ser ese.

Cuando estuvo cerca, o más bien, cuando estuvo al lado de ese espejo, reflejándose en otro, pero no en el espejo en cuestión, empezó a dudar. Tocó el espejo esperando en su fuero interno que se tratase de un espejo, y chilló contenta al comprobar que efectivamente tenía tacto de espejo.

—Vamos, Daniella, —se dijo a sí misma— tú puedes. Es un espejo, por dios.

Poniendo su cuerpo en una extraña posición, cual contorsionista del mejor circo del mundo, empezó a mover la cabeza para verse en “el espejo”.

Dio otro brinco cuando vio, aunque por supuesto ella lo negaba, una silueta correr dentro del espejo. Yo podría decir cómo era esa silueta, pero no me corresponde, ni quiero. Sin embargo, aquel último brinco le provocó hipo. Cada vez que hipaba, los espejos resonaban como altavoces en un concierto, y como todo estaba lleno de cristal, se escuchaba un concierto de repiqueteo de cristales. Una

maravilla y Daniella no era capaz de bailar al son de la música.

Ella seguía hipando cuando en mitad de su asombro cedió la atención en otro reflejo distinto.

—¿Qué... hip... es... hip... eso?— dijo sin aliento.

Lo que ella se había quedado mirando era el paisaje de las altas cumbres, se veían las nubes rosadas y el río de cuadrados, la ventisca helando a su paso con glacial abrazo y las miradas huecas de sus habitantes más comunes. Pronto, otro reflejo le llamó la atención. En este caso se trataba de uno aún más alto que el anterior, se trataba de un hombre sollozando, de apariencia grotesca y llena de arrugas. De su reflejo brotaban gotas que subían al techo, como antes de que pronunciara ninguna palabra nuestra inteligente Daniella, solían bajar al suelo. Aunque hay estudiosos que dicen que las gotas de ese reflejo nunca suben al techo ni bajan al suelo, sino que suben al suelo y bajan al techo. Pero eso ya son minucias que no vienen a cuento...

Daniella se había hartado de mirar a alguien llorar, así que se paseó por los reflejos sin pensar demasiado, y se encontró con uno que daba a un conejo bañándose en una olla enorme que estaba puesta al fuego, mientras se restregaba unas hojas de lechuga por el cuerpo a modo de esponja. Daniella sin poder impedirlo, volvió a hipar, pero lo que vio a continuación le quitó el hipo y la hizo adentrarse en un espejo: el conejo la miró con desagrado y corrió la cortina con gran indignación. Pero eso ya es otra historia, Daniella ya no estaba rodeada de espejos... ahora... tenía otros asuntos más importantes.

—Jopetas. —refunfuñó cuando se vio en el suelo. Se tocó la frente, que era donde se había llevado el golpe y levantó la cabeza para mirar malamente a la cama— Siempre tengo que caerme de la cama, ¿no puedo despertarme como cualquier niña normal?

Esa pregunta sobraba, la palabra normal al lado del nombre de Daniella... Já.

Gimió de dolor al levantarse. No le digáis quejica, pequeños lectores, tened en cuenta que dormía arriba de una litera. El por qué aún no lo sé, no tenía hermanos ni nada parecido y todos los días se despertaba cayéndose de la cama, así que lo lógico sería que durmiera en la cama de abajo, pero...

Lógica y Daniella.

—Juro por Dios, que algún día dejaré de caerme la cama —señaló al techo a la vez que lo decía, cual Scarlata O'Hara. No os riais, recordad lo dramática...

—Deja de jurar en vano y ven a desayunar —gritó su padre, como cada mañana, desde la planta de abajo.

—¡Ya...! —se calló, con el ceño fruncido.

Esperad... ¿qué? ¿Su padre?

—Otra vez me afectó el golpe —puso los ojos en blanco—. Mi padre llamándome a desayunar, si eso no es que esta vez me golpeé bien fuerte, —se lavó la cara, o mejor dicho, se mojó los dedos en el agua que tenía en la pequeña palangana que dejaba todas las noches en la mesilla de noche y se refregó los ojos para quitarse las legañas— pues no sé. El día que mi padre se levante antes que yo y mi madre y nos haga el desayuno, hago el pino con la nariz.

Se quitó la camisa de dormir y se puso un vestido. Rosa, ella nunca cambiaba de color.

Lo que hacía pensar a los demás que nunca cambiaba de vestido, pero lo hacía todos los días, lo que pasa que tenía trece iguales. ¿Por qué trece? Pues vete a saber... Hay cosas que son mejor no preguntar. O conocer.

Abrió la puerta de su cuarto, no sin antes tropezarse tres veces con los artilugios normales que todo niño puede tener en su cuarto tirados por ahí (ya sabéis: una lupa, un rollo de papel higiénico que siempre tiene que desenrollarse solo y una caja de zapatos vacía; lo normal, vaya), y no sin antes pisar un trozo de pan con mantequilla que a saber de dónde había salido, ella no comía a escondidas en su cuarto. Salió y comenzó a bajar las escaleras.

Vivía en una antigua casa de dos plantas hecha de piedra en un perdido pueblo en el Pirineo francés. Serían unos trescientos habitantes, aunque a ella le sobraban doscientos noventa y ocho, claro, con sus padres y ella misma tenía más que suficiente. Siempre estaba viviendo fantásticas aventuras, ¿para qué iba a necesitar a los pobres mortales?

—Cualquier día, si no me mato al caerme de la cama, me mata esto —dijo cuando estuvo a punto de rodar escalera abajo por olvidar, como siempre, que ese peldaño de madera estaba agrietado y siempre se le enganchaba el zapato ahí.

Después de luchar para sacar el pie del agujero, esquivar la gotera que venía más adelante y evitar resbalar al darle con el pie que acababa de sacar y derramar toda el agua, por fin llegó abajo.

Suspiró, como siempre hacía, preguntándose por qué en su casa siempre estaba esa gotera. Lloviera o no, siempre estaba. Se encogió de hombros, tenía mejores preguntas que hacerse que un simple agujero del que caía agua contantemente.

—Huele raro —arrugó la nariz cuando el extraño olor penetró en ella.

Entró en la cocina y abrió los ojos como platos.

—Esta noche duermo en la cama de abajo. Si salgo viva de esta, claro —dijo con la boca abierta.

—Buenos días, cariño, ¿cómo has dormido?

No fue capaz de contestar. Todo estaba como siempre: la mesa de madera preparada para desayunar, las cuatro sillas bien colocadas, el viejo fregadero lleno de cacharros sucios de la noche anterior y el hornillo de gas encendido. Todo como siempre, excepto...

Como Daniella no contestaba, su padre se dio la vuelta y la miró.

—¿Qué haces? —preguntó extrañado, con la espumadera de freír los huevos en la mano.

—Hacer el pino con la nariz —respondió tumbada en el suelo.

Su padre puso los ojos en blanco y alzó la cabeza al techo mientras suspiraba angustiado:

—¿Qué he hecho en otra vida! —musitó para sí. —Anda, siéntate en la mesa y cómete el desayuno, ¿quieres?

Daniella dejó de hacer el tonto o el pino con la nariz, como ella lo llamaba, para sentarse en la mesa a comerse las tostadas con mantequilla.

—¿Y mamá?

Su padre enarcó ambas cejas, por lo visto era incapaz de enarcar una sola, y trazó una mueca de incomprensión en su cara.

—¿Cómo dices?

—¿Que dónde está mamá?

—En la cama, por supuesto— dijo sacudiéndose el delantal adornado con marcas blancas y

negras—. ¿Dónde iba a estar sino? Es de tu madre de quien estamos hablando.

Daniella se frotó la frente con las manos, se terminó el desayuno y salió afuera.

Había algo en todo aquello que no le cuadraba. Realmente no le cuadraba nada. Caminó lentamente hasta la plaza hasta que...

—Ey, ¿otra vez con ese vestido? Pareces una cría incapaz de cambiar de disfraz porque es tu favorito, madura de una vez.

Sin embargo, ella no le prestó atención. Se había quedado mirando un charco. ¿Cuándo había llovido? Es más, ¿desde cuándo en verano hacía tanto frío? Se asomó ante al charco y se vio en él, con su vestido rosa y su expresión pensativa. De pronto, su reflejo sacó un brazo, la cogió del tobillo y la metió dentro del charco.

—Me estoy cansando de estar todo el día tirada en el suelo. —se levantó y se sacudió el vestido — Perfecto, —ironizó— otro vestido menos. —miró con pena el precioso vestido manchado de barro y a saber qué eran esas manchas verdes y rojas que tenía— Tendré que acostumbrarme a tener doce —resopló.

—Deja de hacer la payasa.

Levantó la cabeza rápidamente.

—Y no gano para sustos. —dramatizó cuando vio al niño que tenía delante— ¿Y tú quién eres?

—Eso llevo yo preguntándome toda la vida. Si tienes la respuesta, te agradecería que me lo dijeras —el niño le había dado la espalda y caminaba por el bosque.

Daniella se apresuró a seguirlo. Si algo la caracterizaba, si olvidamos lo valiente, no lógica, no normal, temeraria, desobediente, rebelde, fantasiosa, dramática... ya me entendéis, era la curiosidad. A ella la meten dentro de un charco, se levanta de su caída en medio de un bosque, un niño regordete con rasgos asiáticos le habla y lo más “normal” es seguirlo. No iba a serlo asustarse, para nada...

—Cuidado —dijo una voz.

Demasiado tarde, Daniella ya había metido la pierna en un charco de agua naranja.

—Qué asco —sacó la pierna del charco y puso morritos, a punto de llorar al ver cómo había empeorado el vestido.

—Te lo dije —dijo la voz cansinamente.

—A buenas horas —refunfuñó ella.

Era tan normal hablar con una voz...

—Espera, espera. —Daniella lo paró, cogiéndolo por el brazo, aquí venían las preguntas lógicas, seguro — ¿Cómo te llamas?

Bien, pues esa no es la más lógica, aunque quizás sí en la lógica Daniellesca.

—¿Eh?

—Que cómo te llamas —repitió ella pacientemente.

—¿Llamarme? —el niño fruncía sus tupidas cejas.

—Ah, perdona. —dijo ella con voz de pito de repente— No entiendes mi idioma. Claro, debería haberlo sabido, eres chino.

Claro, que sí, podéis aplaudir por mí ante esta brillante deducción porque bueno, después de todo antes le ha hablado en el mismo idioma.

—No lo soy —dijo él inmediatamente.

—Bien... ¿no? Oh, pues lo pareces —Daniella sonrió ampliamente.

—¿Por qué sonríes?

—No lo sé, ¿lo hacía? —preguntó con expresión extraña.

—Das miedo cuando lo haces.

—¿Miedo? No, verás, el miedo es...

—Sé lo que es el miedo y créeme, lo das. —cortó él— A ver cómo te lo explico. Con ese pelo negro, esos ojos negros, esa piel tan blanca, esos dientes tan blancos... Das miedo cuando sonríes, pareces una muñeca diabólica —terminó muy satisfecho consigo mismo.

Daniella se mordió el labio, no sabía si considerar eso un insulto.

—Oh —dijo, ¿porque qué iba a decir? — Bueno, ¿pero cómo te llamas?

—No lo sé.

Ella alargó la mano hacia el polo azul que vestía y tocó el jinete montado en su caballo que tenía bordado.

—Aquí pone Ralph Lauren. Pero como eres extranjero y se supone que siempre ponéis el nombre al final, esto quiere decir que te llamas Lauren —concluyó afirmando con la cabeza.

Muy inteligente ella, sí, señor.

—Eres muy lista —la elogió él.

—Gracias, Lauren —sonrió.

—No sonrías.

—Perdón —se disculpó, poniéndose seria.

—Vamos —dijo él de repente.

—¿Adónde? —Daniella comenzó a seguirlo.

—Al País de las Piruletas.

—¿Cómo? ¿Eso existe?

El chico rio entre dientes y Daniella infló sus mofletes mientras cruzada sus brazos, entonces el chico sumido bajo el hechizo de los mofletes hinchados, los palmeó con efusividad haciendo que la chica dejara escapar todo el aire y se sorprendiera de aquel acto.

—Pero, ¿qué?

Pero Lauren ya había vuelto a emprender el paso y la estaba dejando muy atrás. Porque primero, él camina muy deprisa y nuestra pequeña aventurera es algo lenta en darse cuenta de las cosas. Vive a cámara lenta, qué se le va a hacer. Por eso, cuando le deposité una raíz alta de árbol viejo no me vio, pese a que supo esquivarla bien, pero no lo suficientemente bien como para desviarse a tiempo al pisar la piedra lisa que había al lado. Así que volvió a caer al suelo.

—Pffff... ¿Podré dar alguna vez más de dos pasos? ¡Lauren, Lauren, espérame! — Le gritó al gordinflón desconocido en mitad de un sitio desconocido, donde desconocidas criaturas dormitaban en desconocidas zonas.

Se apresuró como pudo pues se torció el tobillo a seguir la dirección de Lauren, pero se perdió por la espesura del bosque y llegó a un manantial de agua cristalina.

Cansada y con sed, se sentó al lado y antes de que metiera las manos en el manantial oyó un

sonido de hojas y unas raíces....

—¿Lauren?

Pero no era el Lauren que ella conocía, ni siquiera sabría decirnos si su nombre era Lauren. A su encuentro había salido un caballo de reluciente piel y pelaje, era de un color rojizo y los ojos azules amarillentos... se acercaba a beber con pasos elegantes y, cuando agachó la cabeza, antes de llegar con su lengua, Daniella se percató de su largo cuerno sumergido en el agua que le salía de la frente.

Ahogó un grito.

—No sé qué tienes en contra de los animales. —volvió la voz.

—Shhh... —Daniella la mandó a callar y miró alrededor— ¿Dónde estás? ¿Y por qué estás aquí? ¿Es que acaso me persigues?

—No creo que quieras saberlo. —esta vez sonó como si estuviera sentada a su lado— Te adentras en aventuras espectaculares que haría temblar a cualquier niño y te dan miedo los animales. Lo tuyo no es normal —en eso hay que darle la razón, ¿no os parece? Os lo llevo diciendo desde el principio.

El caballo-unicornio relinchó y movió su cuello de forma extraña. Daniella, asustada, se escondió detrás de un arbusto que tenía cerca.

—Por favor, que desaparezca —empezó a repetir, cual mantra.

—Es el unicornio maldito, —le explicó la voz— se cree que es inmortal. Los habitantes del bosque cuentan leyendas sobre él, pero nadie lo vio jamás. No come carne humana, ni animal. Se alimenta de almas.

—¿De almas? —ella estaba desconcertada.

—De niños.

—Almas de niños... —repitió ella.

—Estás en Wald, Daniella, y va a ser muy complicado que salgas de aquí, si es que lo consigues. Aun haciéndolo, volverás una y otra vez. No sé qué es lo que te une a estas tierras, quizás sus “habitantes” puedan ayudarte a averiguarlo, pero a partir de ahora, este será tu hogar. Para siempre.

—De almas. —volvió a repetir ella— ¿Para qué quiere un alma?

—Para volver a ser lo que fue.

—Eso lo explica todo. —dijo sarcásticamente.

—No sabe si hay niños vivos aquí, pero si ese unicornio te mira directamente a los ojos y

reconoce tu edad... Corre, Daniella, si es que puedes.

De repente se hizo el silencio. El sonido del unicornio bebiendo rompía el casi nulo ruido que había: unas cuantas hojas de árboles sonaban cuando el sibilante viento las movía. Por lo demás, todo estaba en silencio. Incluso se dejó de escuchar al caballo bebiendo.

Daniella cerró los ojos y metió la cabeza entre las piernas, intentaría hasta aguantar la respiración, pero no podía oírla. Unas cuantas lágrimas se escaparon de sus ojos. Tenía, quizás por primera vez, miedo.

No supo cuánto tiempo permaneció así.

Al cabo de un rato, abrió los ojos y levantó un poco la cabeza, pensando en asomarse para ver si el unicornio había desaparecido.

Lo que vio fueron dos amarillentos ojos mirándola fijamente.

—Buenos días, señorita— dijo el caballo—unicornio en un acento puramente británico.

Daniella chilló histérica, le tiró un zapato a la cara y salió corriendo como alma que lleva el Diablo.

Mientras corría seguía llorando y como podéis imaginar que pasa cuando corréis con lágrimas en los ojos, con un tobillo torcido y sin un zapato... se dio de pronto contra algo. O alguien...

—Quita— dijo una voz que ella bien conocía— Pero, ¿dónde estabas?

Daniella lloró mares.

—Bueno, no importa. Me da bastante igual, levanta. Aún no hemos llegado a donde tenemos que ir.

Daniella se secó las lágrimas como pudo, se levantó como dijo Lauren y luego le siguió a ritmo de: ¡ay! por paso.

A Lauren por supuesto le daba igual sus quejidos, pero a mí me estaba poniendo malo. Por qué no

se queja para adentro, a nadie le importa lo quejica que es, ni siquiera se ha roto el pie para que tenga que quejarse de veras.

De pronto el cielo rugió. Lauren musitó algo que no debéis decir nunca y por ello no os lo comunicaré. Se volvió hacia la valiente e inteligente de Daniella y chasqueó la lengua.

—Debemos resguardarnos.

—¿Va a llover?

—No.

Daniella se mordió el labio.

Lauren caminó por entre los arbustos, construyó en poco tiempo un techado de ramas y más ramas con algunas raíces, algunos pájaros muertos y algunas hojas grandes de palmera. Daniella lo siguió de nuevo pronunciando muchos “ay”.

El cielo volvió a rugir, pero esta vez era un rugido diferente, se escuchaba como si se estuviera rompiendo, a lo lejos se escuchó una voz chillona como de una madre quejándose de un plato roto y el silencio se apoderó de todo.

—¿Qué fue eso? —preguntó Daniella cuando el silencio se le hizo insoportable.

Soy de los que piensan que el silencio es lo mejor, pero si hay algo que Daniella no puede soportar es estar callada. Y así estoy yo siempre, con migraña. Diréis que a qué viene esto o por qué os lo cuento, ¿verdad? Bien, yo tampoco lo sé. Solo que uno también tiene su ego, no tiene que ser siempre para la misma, ¿no creéis? En fin, ¿por dónde iba?...

Ah, sí, gracias.

—¿Qué fue qué? —Lauren aplanó un poco el suelo y se sentó.

—El grito —Daniella intentó sentarse y acabó desparramada en el suelo, el tobillo...—J***** — después dirá que su madre le quiere lavar la boca con lejía.

—¿Qué grito?

—El que se escuchó antes —consiguió acomodarse, estirando la pierna lastimada y colocó bien su vestido.

—No sé de qué hablas —Lauren levantó una piedra que tenía a su izquierda y sacó una bolsa del agujero que había bajo ella.

—¿Esto no estaba improvisado? —ella tenía los ojos abiertos como platos.

—Completamente —asintió él con la cabeza.

Comenzó a sacar cantimploras, algunos bocadillos envueltos en papel y fruta.

—Ya lo veo... — refunfuñó— ¿Qué fue ese grito?

—Serán imaginaciones tuyas— dijo desenvolviendo un bocadillo— estaba hambriento.

—...— sí, ¡así se quedó, por fin, alabado sea el cielo, viva, viva y mil veces viva!

El cielo se aclaró, los pajaritos cantaron bellas melodías, los árboles hicieron sonar sus ramas como si portaran maracas, los relinchos de caballo se hicieron sonar, ¡el nuevo día había llegado!
¡Cantad conmigo!:

*El Sol ha llegado alumbrando el campo
y el silencio ha estado encantado de verlo.
¡No puedo estar más contento
porque Daniella se haya callado!*

Pero todo tiene su final.

—No lo creo— Y expuso sus teorías al respecto, teorías que nadie escuchaba porque a nadie le importaba.

Pero por cada nueva teoría que explicaba por esa boca, el cielo volvía a tornarse oscuro y volvía a rugir, mientras el mundo entero parecía zozobrar ante aquella situación, y a mí me estaba a punto de estallar la cabeza. ¿Quiere alguien meterle una manzana en la boca?

Gracias.

Daniella calló de pronto cuando Lauren le introdujo un bocata en la boca, ella le dio un bocado, masticó rápidamente y luego volvió a hablar.

Lauren resopló y de la manera más sentida le dijo:

—Cállate, se acabó. No me interesa.

Adoro a Lauren. Quiero tres.

—Vamos, Lauren, deja algo para mí —un niño de rasgos africanos entró en la improvisada tienda de campaña.

—Haber venido antes —dijo Lauren con la boca llena y soltando migajas de pan mientras hablaba.

Daniella se tragó el pan y fue a saludar cuando el niño se sentó casi encima de ella. Gritó un poco y se retiró, quedando detrás.

—Dame —el nuevo le quitó el bocadillo a Lauren y empezó a comer.

Lauren se encogió de hombros y cogió otro.

—Pensé que te habíamos perdido, Tommy.

—Nah, qué va. Conseguí despistarlos, siempre lo hago. No me digas que lloraste mucho por mí... — le dio con el hombro a Lauren, quien se atragantó con el pan.

Daniella se puso sobre sus rodillas y le dio varias palmaditas en la espalda.

—¿Mejor? —preguntó cuando este escupió.

—Sí —dijo casi sin voz.

—¿Sí? ¿En serio? ¿Lloraste por mí? —Tommy empezó a reír sin control.

—Hola —dijo Daniella cuando Lauren puso los ojos en blanco y siguió comiendo.

La pobre estaba ahí, ignorada, nadie se había dignado a presentarla. Claro que, si fuera yo, tampoco lo haría, entiendo a los chicos.

—Me emociona saberlo. —siguió Tommy, ignorándola de nuevo— En realidad temí no ser capaz esta vez de librarme de ellos, no sé ni cómo lo hice. Pero no se lo digas a nadie.

—Claro que no —aseguró Lauren.

Nota de una de las narradoras: no sé por qué me da a mí que Lauren es un poco pasota, ¿eh? ¿No pensáis lo mismo? Parece que todo le da igual.

Daniella, quien ya estaba empezando a enfadarse porque no le hacían caso, se levantó, no sin antes quejarse por su pobre pie con cada movimiento y logró ponerse frente a ellos.

—¡Hola! —chilló esta vez.

Nada...

Puso cara de enfadada al ver que seguían ignorándola. Miró de arriba abajo al delgado chico de pelo negro y rizado, parándose en su camisa verde. Tenía un logo que ponía Tommy Hilfiger. Resopló.

—¿Todos lleváis bordados vuestros nombres en la ropa? —preguntó.

—No lo sé —respondió Lauren.

—¿Qué no sabes? —preguntó Tommy.

—Lo que acaba de preguntar Daniella.

—¿Quién es Daniella? —Tommy miró a su alrededor, buscando a la persona en cuestión.

—Esa —Lauren señaló hacia ella.

—Ah, esa. Tío, ya puedes deshacerte de esa. — dijo con desprecio. Yo me estaba riendo de lo lindo, aunque Daniella estaba a punto de ponerse a chillar llena de ira— ya estoy aquí no tienes por qué hablar con piedras en mi ausencia. Ya está, ya pasó todo— dijo devorándose dos bocadillos a la vez.

Daniella miró detrás suya, sí, efectivamente, había una piedra. Meneó la mano delante de su campo de visión, le pinchó con un palo, le gritó y nada, el chico no parecía percibirla de ninguna manera.

—¿No me ve?

—Eso parece— dijo Lauren.

—¿Qué dices?

—Que creo que estoy teniendo alucinaciones.

—¿Con esa piedra? ¡Qué dices! Casi parece que al que capturaron fue a ti, en vez de yo.

—Me voy, no puedo con esto. — Chilló Daniella.

—Pues vale— eructó Lauren.

Y ese eructo fue el primero de muchos en el concurso de eructos que formaron entre los dos.

Y Daniella echó a andar aún con el bocadillo sin terminar, iba llorando por el camino, refunfuñando, y exclamando “ay” a su paso. Pero se olvidó de un pequeño detalle. Nunca le preguntó a Lauren sobre quiénes habían capturado a Tommy.

Las lágrimas le nublaban tanto la visión que ni cuenta se dio de que el sol ya se estaba poniendo. El cielo era un maravilloso espectáculo de tonos rojizos, anaranjados y amarillos. Como toda buena puesta de sol.

Caminó sin rumbo, no podría hacerlo aunque quisiera, no conocía el lugar. Y yo doy gracias de que el camino fuera liso y la flora escasa, así se quejaba menos.

—Daniella, empieza a correr. —Apareció la voz de nuevo, que para decirle eso ya podría haberse quedado callada. Me estaba empezando a caer mal...

—No quiero —sorbió por la nariz y se la limpió con el dorso de la mano.

Os lo tenía que contar, me dieron arcadas a mí, así que vosotros sufrís conmigo.

—Hazme caso esta vez, empieza a correr —sonaba desesperada, hasta yo estaba empezando a asustarme.

Vamos, Daniella, corre. Ayudadme, pequeños lectores.

—Que no quiero —estaba enfadada, había dejado de llorar.

¿Por qué nunca haría caso?

Un tremendo grito resonó en el cielo. Hasta yo levanté la mirada para ver qué era.

Espeluznante.

—Oh, ¡¡¡mamá!!! —chilló, hasta quedarse sin voz.

Sin pararse a pensar, salió a correr mientras el enorme dragón azul de dos cabezas preparaba sus alas para darle caza.

El dragón chilló profundamente debía estar acatarrado porque sonaba como si arrastrases una silla al mismo tiempo que un señor mayor, que lleva toda su vida fumando, tosiera.

Daniella mientras corría se tapaba los oídos tragándose sus propios quejidos porque comprendió,

al fin, de que no solucionaban nada. Se adentró en la zona más profunda del bosque y el dragón voló por encima de este observándola a cada paso. Dentro la niña sorteaba como podía rocas, árboles, arbustos, charcos y animalitos salvajes que no querían moverse ellos, claro que sí, que se moviera ella.

Pero tuvo que volver a salir de la espesura del bosque porque una jauría de ardillas le tiraban almendras ¡y menuda puntería tenían!

El dragón volvió a chillar cuando la vio otra vez aparecer en el claro del bosque y se tiró en picado a por ella, esta vez el unicornio no había llegado primero. El premio sería para él.

Una hermosa piedra fue la desencadenante de la catástrofe.

Daniella intentó saltarla, pero el pie lastimado no respondió como debería, es decir, como si no estuviera lastimado, y se llevó el primer golpe. El cuerpo de Daniella comenzó a caer, de boca, ella se cubrió la cara con las manos, temiendo partirse la nariz, o los dientes o... Está bien, lo dejó. En el último momento giró 90 grados, intentando que su espalda fuera la que sufriera todo el impacto.

Error.

El movimiento que hizo fue tan exagerado que cayó de lado, siendo el hombro quien recibiera todo el golpe.

Con una mano en el hombro, intentó levantarse rápidamente, pero la pierna había sufrido igual. No podía moverse.

—¡Di Kistamo! — gritó la voz— Mecachis, Daniella, ¡di Kistamo!

El dragón estaba a punto de cogerla, y yo me había tapado los ojos con las manos, como estaréis haciendo vosotros, por el sufrimiento de verla... O no verla...

—¡Kistamo! —gritó con la poca voz que le quedaba.

Un gemido horrible sonó.

Abrí los ojos y miré.

—¡Auch! —chilló Daniella al caerse de nuevo de la litera.

CAPÍTULO 2

Hogar, dulce hogar...



Daniella miró a su alrededor y se abofeteó la cara, ahogó el gemido de dolor y se palpó el cuerpo, salvo el golpe de haberse caído de la litera y la bofetada no le dolía absolutamente nada. Bueno, tal vez el orgullo también le dolía un poco...

Inspeccionó el dormitorio y vio claramente que estaba en el suyo. Estaba por supuesto su litera, su palangana de agua, a la cual le dio uso nada más verla, sus trece vestidos con puntitos de colores, sus trastos por el suelo, su ventana rota... Corrió de nuevo a su pequeño armario y se llevó las manos a la cara al ver el color de aquellos vestidos.

—No corras en casa — Oyó decir a su madre— Y ya que estás despierta baja a desayunar.

Daniella al oírla se ilusionó tanto que no le importó nada, o al menos no tanto, lo de sus vestidos y haciendo poco caso a su regañina de no correr, cómo no, corrió hacia abajo, sin prestar atención a la rampa empinada que había en vez de escaleras, lo que provocó que estuviera de nuevo en el suelo.

—¡Arg! —gruñó sin contenerse lo más mínimo.

—Te dije que no corrieras— dijo su madre con retintín.

Daniella gruñó.

—Y te tengo muchas veces dicho que no gruñas, sobre todo cuando tu primo Ralph está en casa. Puede sentirse ofendido.

¿Primo? Daniella sabía que tanto ella como sus padres eran hijos únicos, por lo que era imposible que tuviera tanto tíos como primos. Pero se sentó a la mesa a esperar su desayuno, pues aún estaba aturdida entre caídas y caídas.

Su aturdimiento no iba a cesar, ya que al poco de haberse sentado su madre sirvió dos platos llenos de aparentemente hierba del jardín. En la cara de Daniella se dibujó una expresión entre de asco y qué clase de broma es esta mientras cogía una brizna, lo cual le hizo ganarse una bofetada en la mano.

—Espera a tu primo.

—Pero si me has dicho que bajara a desayunar — protestó.

—Ajá. Pero no que desayunaras.

Daniella la miró estupefacta, no daba crédito.

De pronto escuchó unos chasquidos huecos en el suelo.

—Oh, ya viene.

Daniella dejó de mirar su triste desayuno, quería saber quién era ese primo del que no se acordaba en absoluto. Pero lo que vio la sorprendió enormemente, tanto que la obligó a levantarse.

—Buenos días— dijo en un acento puramente británico.

Daniella salió disparada de la silla. Esta cayó hacia atrás, golpeándola en la pierna (creo que esa pierna tiene un imán para los golpes, porque normal no es), haciéndola perder el equilibrio y cayendo en una posición extraña encima de la silla.

—Dios mío, cariño, ¿estás bien? —su madre se levantó rápidamente a ayudarla— Cualquiera día te rompes el cuello, no he visto persona más patosa que tú —la ayudó a levantarse.

—No pasó nada —Daniella se frotó la pierna, cerrando los ojos por el dolor—. Es solo que me pareció ver un caballo con cuerno sentado en la mesa —empezó a reírse, demasiados golpes tenían que estar afectándola.

—No lo llares así —le riñó su madre al oído—. Es un unicornio, único en su especie, ¿quieres

herir su sensibilidad?

—Un unicornio... —repitió Daniella, sin reírse— Mi primo es un unicornio con acento británico.

Las risas que siguieron a esta frase, cuando abrió los ojos y se encontró con otro par amarillo mirándola con curiosidad, fueron exageradas.

Su madre le dio un tortazo en la cabeza que la dejó aturdida y la risa se le cortó de golpe.

—Siéntate y haz el favor de comportarte —su tono no admitía réplica.

Tras colocar la silla y sentarse, miró a su primo.

—Entiendo que te sientas un poco extraña, no nos habíamos visto nunca, pero el Ducado no me deja demasiado tiempo.

—El Ducado... —Daniella se mordió el labio, no podía reír de nuevo.

—Tienes ante ti al Duque de Bedford.

—Yes —el Duque unicornio asintió con la cabeza. Daniella, que estaba frente a él, tuvo que poner la silla a dos patas, el cuerno casi le corta la cara— Es un duro trabajo poseer un título de la Corona, claro que nada comparado con los bailes a los que tengo que asistir —concluyó seriamente.

—Los bailes... —repitió ella.

—Discúlpala, Milord, —interrumpió su madre— le cuesta madurar.

—No pasa nada, querida. Y somos familia, no hace falta tanta formalidad— relinchó cortésmente mientras le dedicaba una espectacular sonrisa a su prima.

Daniella desvió la mirada. Miró su delicioso desayuno y decidió que era mejor comérselo antes que mirarle a los ojos. Y cuanto antes se lo comiera, antes podría salir de esa casa de locos.

—Cielo, cuando termines, ¿qué te parece enseñarle el pueblo a tu primo? Así os conoceréis. Yo tengo que ocuparme de tu padre.

Daniella sintió asco cuando se metió la primera brizna en la boca, pero lo que sintió cuando oyó a su madre decir aquello, creo que no tenía ni nombre. Tuvo que salir corriendo al baño sin decir nada a nadie, pero cambió de dirección para irse directamente a la calle a vomitar lo que se había intentado comer.

Y luego corrió como un caballo desbocado en busca de almas que devorar... lo siento, tenía que

ponerlo.

Si hay algo que caracteriza a los pueblos del Pirineo, son sus cuestas. Y ya os podéis imaginar, ¿verdad?

Sí, dejad de asentir con la cabeza. Daniella rodó cuesta abajo. Cómo lo hizo es algo que jamás podré entender, trastabilló con sus propios pies y rodó...

Sinceramente, temí que de esa no saliera.

Permaneció completamente quieta cuando el suelo ya era plano. Aguanté la respiración hasta que gimió y empezó a moverse.

—¿Estás bien, querida?

—Oh, no — no quería decirlo en voz alta.

—Ambroise, por favor, ayúdala.

—Enseguida, Milord —dijo una suave y cantarina voz.

Daniella, esperando la ayuda del tal Ambroise, permaneció quieta. Pero la ayuda no llegaba.

—Discúlpeme, Milord, pero pesa demasiado.

—¿Pero qué...? —se quejó ella. Y, como pudo, se puso en pie— Así que peso demasiado...
¿Comparada con qué o quién? ¿Con un mosquito?

—Gracias, Ambroise, no sé qué haría sin ti.

—Es un placer, Milord.

—Ambroise... Ambroise... ¿Quién es Ambroise?

En la calle no había nadie, salvo ella, claro.

—Eso, callaros ahora todos. Estupendo. Iros todos a la...

—Baaaa.

Una cabra baló en el momento oportuno de la frase.

—¿Quién ha balado?

—¡¡Baaaaa!!

Daniella se dio la vuelta y allí la vio.

—Baaaabaaabaaaa

—¿Qué?

—¿Baaaa?

Así es Daniella estaba hablando con una cabra. Todo muy normal, lo sé. Pero, ¿qué piensa hacer ahora? Daniella estaba hurgando entre la piel lanosa de la cabra, mientras la cabra se ruborizaba y seguía balando como si hablase.

—Ah, te llamas Zara. Sí, lo pone claramente aquí. Mucho gusto, bueno pensé que eras Ambroise. Pero ya veo que no.

— ¿Estás hablando con una cabra? —había sorpresa en la voz del Duque.

Daniella lo miró y enarcó las cejas. ¿Realmente le estaba preguntando eso?

Yo también me pregunté si se lo estaba preguntando.

—Sí —sucinta respuesta.

—Es una cabra —como si eso fuera toda la explicación.

—Bien... ¿me hablas en serio?

—Claro, querida. Lo siento, no pretendía enfadarte.

—No me enfado, solo que no te entiendo.

—Cómo te lo explico... —Bedford carraspeó y se tocó el gigantesco cuello, un gesto nervioso—

Es una cabra. No puede hablar.

Daniella no sabía si reír, llorar o... No sabía cómo reaccionar. Yo sí, me estaba partiendo de la risa.

—Esto... —ella miró al enorme ser rojo que tenía en frente, sentados sobre sus patas rojas, su cara roja. Todo rojo, vaya. Miró sus azules y amarillentos ojos y los de ella se estrecharon, en señal de disgusto— ¿Te estás riendo de mí?

Yo también pensé eso.

—No, querida —negó muy serio.

—Deja de llamarme querida.

—Lo siento, querida.

—Deja de decir lo siento.

—Perdón.

Daniella miró al cielo, pidiendo ayuda divina.

—¿Tú te has visto? —logró preguntar sin levantar la voz.

—Todos los días, querida —por su tono parecía que la consideraba tonta, lo cual es normal.

—Eres un unicornio, caballo o lo que quiera que seas. Eso por no decir que somos familia.

¿Estoy hablando contigo y te extraña que hable con una cabra? ¿Es esto una especie de broma? —se levantó, desesperada ¿O es otro de mis sueños?

Le siguió el paso: —¿Intentas decirme que soy como una cabra? Yo no me como los calzones de la gente, tengo muy buenos modales, querida.

—Pffff... ¿Quieres dejarme tranquila?

—¿Quieres que te masajee el cuello? Soy muy bueno en esos menesteres, querida.

—Pfff... Quiero-que-me-dejes.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿Para siempre?

—¿Eh?

—¡¡¡Baaaaa!!!

—¡¡¡Callaos los dos!!—Chilló Daniella al mismo tiempo que cerraba con fuerza los ojos. —¿Pero qué pasa ahora? ¿Por qué está lloviendo?

Daniella había vuelto al bosque y se estaba empapando porque habían invocado a la lluvia, era lo único que hacía que el dragón azul de dos cabezas con alientos fétidos, dejara de acechar los sitios, detestaba mojarse, decía que su olor dejaba de ser tan repugnante, y un olor perfumado no daba nada de miedo.

—¡Lo que me faltaba! — se quejó.

El cielo estaba completamente negro, era de noche y la lluvia le calaba hasta los huesos. Fue a mirarse, instintivamente, el vestido cuando se vio con el pijama. Ni cuenta se dio que salió en pijama. En

fin...

Resopló y miró a su alrededor.

Miles de lucecitas iluminaban el bosque. Flotaban. Intentó tocarlas, pero las traspasaba, no eran físicas, eran etéreas como los soplos del viento, las sentías, pero no podías cogerlos, sentías un cosquilleo y a veces un calambre, pero nada más.

—¡Kistamo! —gritó, recordando cómo había salido de allí anteriormente.

Cerró los ojos y se dispuso a levantarse en el suelo de su cuarto.

Uno...

Dos...

Tres...

Abrió los ojos y seguía en el bosque.

—En otra vida tuve que ser un demonio para estos castigos —refunfuñó.

Comenzó a caminar, o a intentarlo porque no paraba de llevarse golpes con ramas invisibles.

—Ay, auch...

—Deja de quejarte.

—¿Quién anda ahí? —empezó a dar vueltas sobre sí misma, con una mano en el pecho.

—Tu peor pesadilla —más que una voz aguda, era... Una voz muy aguda (lo sé, no soy muy elocuente aquí). Pero es que quería explicaros que se parecía al sonido que emiten los murciélagos y no he logrado encontrarlo. Si alguno tenéis Google y lo encontráis, ya que yo escribo a la antigua (eso es a lápiz y papel) y en mi diccionario tampoco pude encontrarlo... Me lo decís por favor. Gracias.

—¿Quién está ahí? — ¿Quién está ahí? —gimió espantada recordando a quién le sonaba ese sonido.

—Mira aquí, Daniella.

Miró hacia donde escuchaba la voz y, sin poder evitarlo, se desmayó.

Despertó en el suelo tras caerse de una litera.

—¿Otra vez? ¿Eh? —dijo observando a su alrededor. No parecía en absoluto su cuarto. De hecho, solo había una litera en mitad de una cumbre de basura. Cuando se dio cuenta de la basura instintivamente se llevó las manos a la cara, y sí, queridos lectores, tenía la cara llena de porquería. —Iug—. dijo y nada tengo que objetarle.

Quién le fuera a decir hace unas horas que su aventura más grande sería esta, ¿verdad? Sí, me estoy riendo. No es bueno reírse de las desgracias ajenas, pero aun así no logro evitarlo.

Daniella estaba completamente llena de pringosidades.

—Me siento sucia —y con razón.

Miró por todas partes y caminó con una expresión de espanto porque cada paso que daba algo parecía moverse bajo sus pies. De hecho, a veces escuchaba voces, pero eso no era ninguna novedad para ella, por supuesto.

—Mira dónde pisas.

—¿Te piso yo a ti?

—¡Cuidado!

—Como me levante te vas a enterar...

—J... cómo pesas, so' gorda.

—¿Gorda? —Se paró en seco— ¿Ambroise?

—No, tú.

—¿Ambroise?

—Tú.

Dejemos esta conversación de besugos porque se tiraron así durante varios minutos que parecían eternidades eternas hasta que Daniella se dio por vencida y salió corriendo con una oleada de peste persiguiéndola como su sombra, ah, no, que era ella misma.

MONIKA: No pienso narrar eso.

RUTH: Te toca.

MONIKA: No puedes dejarme a mí ahora el marrón de explicarles a estos niños qué ocurrió después.

RUTH: Claro que puedo, simplemente hazlo, no se van a asustar. A ellos no les da miedo nada.

MONIKA: Miedo no, pero asco, sí.

RUTH: Bah...

MONIKA: Pfff... A ver, chico, cómo os lo explico. Bueno, antes que nada, deciros que sí, en esta maravillosa historia de aventuras fantásticas somos dos narradoras, quizás no lo hayáis notado hasta ahora porque lo hacemos muy bien o somos pésimas y os habéis dado cuenta desde el principio...

RUTH: Al grano.

MONIKA: Espera que me olvidé. Repitamos.

Dejemos esta conversación de besugos porque se tiraron así durante varios minutos que parecían eternidades eternas hasta que Daniella se dio por vencida y salió corriendo con una oleada de peste persiguiéndola como su sombra, ah, no, que era ella misma.

—¡Daniella! ¡Oh, Daniela, eres tú! ¡Creí que no volvería a verte!

Esto la paró en seco, con la mandíbula casi rozando el suelo. ¿Pero qué hacía él allí?

Daniella se paró y miró alrededor cuando lo vio, se quedó blanca como la leche.

—¿Quién eres tú?

—¿Cómo que quién soy yo?

—Pues eso, ¿quién eres?

—Yo.

—Ajá. —Musitó.

Caminó ignorándolo quería encontrar un río o algo para lavarse un poquillo. De pronto recibió un golpe en la cabeza, no era de algo muy duro, pero se quejó como se queja de todo. Se llevó la mano a la cabeza y volvió a decir “iug”. Porque le habían tirado basura a la cabeza. Tenía restos de comida en la cabeza. Se dio la vuelta, inquisitiva. Y vio al recién llegado que decía que se conocían. Y gruñó gravemente.

—¡Tú!

—Yo no fui.

—¿Entonces, quién?

Y se escucharon risas provenientes del subsuelo de basura, eran risas parecidas a un “jijijiji”.

MONIKA: ¿Por qué jijijiji?

RUTH: Porque se reían así.

MONIKA: Nadie se ríe jiji o jejeje. Es jajaja.

RUTH: Pero narraba yo y no era jajaja, era jijiji. ¿Puedes seguir?

MONIKA: Mmmmm... Pero que conste que odio el jijiji.

—¿Te parece divertido? —la cara de Daniella estaba roja camino de ponerse morada, a punto de reventar por el enfado.

—No. No es agradable este olor que llevas —la niña arrugó la nariz

— No me digas —irónica Daniella...— Tu cara tampoco lo es y tengo que verte.

La pobre niña, ante las crueles palabras de nuestra protagonista, comenzó a llorar a mares.

—Jamás pensé que pudieras decirme algo así —dijo sentidamente.

—Claro que no, porque no me conoces —Daniella se cruzó de brazos. Y los volvió a descruzar.

Qué peste...

—¿Qué no te conozco? ¿Te golpeaste de nuevo, Daniella? ¿O me quieres hacer daño con tu indiferencia?

—No te conozco —esta vez sonó más calmada, ya estaba intrigada.

—Me estás asustando. ¿No recuerdas nada?

—¿Qué tengo que recordar?

—Todo el reino está buscándote.

—¿Qué reino?

—El reino de Wald —sonaba la pobre desesperada ya.

—Oh, ¿y eso para qué?

—Nuestra salvación depende de ti.

Y esto fue el detonante para que Daniella se volviera a caer de la litera.

Se palpó...

—¡Estoy limpia!— chilló.

Luego se tapó la boca al recordar que estaba en casa. ¿O no era su casa? Miró su armario, ¡vestidos rosas! Los abrazó. Y se cambió de ropa, no iba a cometer el error de no cambiarse de ropa nunca más al salir de su cuarto.

Al bajar no vio a nadie.

—¿Mamá? ¿Papá?

Nadie acudía.

—¿Unicornio de Breakfast?

Nada ni nadie aparecían a su encuentro.

Daniella corrió al cuarto de sus padres, no estaban. Cogió algo de la despensa que sí estaba llena, y salió afuera.

El aire fresco le alborotaba el pelo rizado que le caía por lo hombros. Sentía ganas de salir volando, pero sabía que eso no era posible. No vio cabras ni nada cuando llegó a la plaza. ¿No había nadie en el pueblo?

Espera, espera. Si no había nadie en el pueblo salvo ella, no era un pueblo, era una aldea. O ni eso.

Lo que sea. Pero estaba solísima. Y parecía darle igual. Se comía un buen trozo de queso que llevaba en la mano a bocados, y cuando un poco de corteza se le metía en la boca lo escupía. Muy fina ella.

Se merece que vuelva al estercolero. ¡Al estercolero!

Frena, frena. La tranquilidad de Daniella se vio mermada cu...

¿Mermelada? ¡Dame un poco!

Mermada, pausada, socavada.

Caballa, tú.

En fin... la tranquilidad de Daniella se acabó cuando oyó un sonido metálico a su espalda. La muchacha cerró los ojos y empezó a repetir “por favor, que sea algo normal, por favor”.

RUTH: ¿Nos llamó anormales? —una mujer miró la otra.

MONIKA: Lo hizo —corroboró la otra.

RUTH: ¿A nosotras?

MONIKA: Que sí, pesá'.

RUTH: Ajá, pero después querrá que narremos bien su historia.

—¿Qué historia? —Daniella no entendía nada.

—La tuya, obvio —dijo la mujer uno. O sea, yo, la narradora uno, Monika.

—Y no te quejes si te hacemos sufrir en demasía o nos divertimos por lo que te pasa —esa soy yo, la narradora dos, Ruth.

Daniella se quedó mirándonos mientras las dos la miraban a ella.

—¡Estáis todos locos!

Y salió corriendo... está bien, salió rodando cuesta abajo. De nuevo.

MONIKA: Ha sido divertido estar dentro de un cuento.

RUTH: ¿Verdad?

Y Daniella se despertó al golpearse con el suelo.

Lo primero que vio al levantarse fueron unos ojos amarillos.

—¡Duque de Breakfast! —Gritó...

CAPÍTULO 3

¿Duque de Breakfast?



—Buenos días, querida— dijo con un acento británico. Relinchó después dos veces seguidas— Perdon, creo que debe de ser el polvo de este lugar.

Daniella trató de quitarse un zapato para tirárselo a la cabeza.

—¿Puedo ayudarte?

—No.

—¿Te pica el pie? No sé si no te has dado cuenta, pero tengo un cuerno en la frente... y puedo... puedo ser muy útil rascando piesesitos...

Daniella se quedó como nosotras sin saber qué decir... se echó para atrás lentamente.

—Creo que es una impresión mía, pero no me gusta que haya malentendidos. Así que voy a ir al grano— Daniella tragó saliva y se preparó para correr— ¿Me tienes miedo?

—No— dijo como el maullido de una cría de gato.

—Puedes ser sincera conmigo, yo lo puede ser contigo— dijo avanzando un poco a ella.

Daniella trató de hablar, pero no le salían las palabras, ni siquiera los sonidos más simples del mundo se dignaban a salir de su boca. Recordó las palabras de la voz, y apartó la mirada.

—Es de mala educación no mirar con quienes conversan, querida.

—Pero yo no converso contigo — susurró.

El duque rio como un completo duque inglés del siglo dieciocho.

—Entonces debes de estar hablando sola, eso en mi pueblo se traduce como estar muy loca o ser un genio. Me pregunto cuál eres tú.

¡La loca, la loca!

—No soy todas esas cosas que dicen. Siempre he tenido enemigos allá de donde vengo y allá adónde, siempre se han asustado de mí, por esta crin. Nadie nunca ha querido cepillármela y está algo enredada. Cuando la ven todos huyen a inventarse absurdas historias. Y ninguna es cierta.

—¿Ni siquiera que eres un unicornio?

—Bueno, eso igual sí es un poco cierto. Pero ya.

—¿Ni siquiera lo de devorar almas?

—¿Quién te dijo eso? —la autoridad ducal concentrada en su voz.

—Sólo son rumores —susurró ella e hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia.

—Verás, querida. Creo que hay cosas que debes saber —se acomodó un poco y, con voz de narrador de audio libro (que mira que son malos, por cierto), se dispuso a narrar.

Daniella miraba alrededor, intentando buscar la manera de escabullirse. Pero como nosotras, además de las narradoras, somos las escritoras del cuento, no dejamos que eso fuera posible. Sí, somos malas, lo sabemos.

—Hace muchos, muchos años... —empezó a contar la historia de todos sus antepasados mientras Daniella, como nosotras, intentaba tener los ojos abiertos, pareciendo que lo escuchábamos. La verdad es que no nos enteramos de nada— Y así fue como yo, el Duque, llegué a ser ignorado por toda la sociedad.

El silencio se apoderó de la habitación y Daniella, al percatarse de ello, se dio cuenta de que ya había terminado.

—Ah —fue todo lo que dijo.

—Lo sé, querida, es muy triste —el Duque suspiró— Por eso ahora estoy aquí, en tu casa, en busca de una esposa.

—Que tengas suerte— le dijo Daniella sin saber qué decir.

—¡Cásate conmigo!

—Y un cuerno.

—Lo tengo.

—¡Que no! ¿Y no era tu prima?

Sin escuchar nada más salió corriendo.

Era digno de ver, con todo lo que corría y todo lo que se caía y nunca parecía más cansada, se quejaba sí, pero no tenía cansancio alguno.

—Que ya no corro más. —Trató de decir mientras seguía corriendo— Me paro— Pero siguió corriendo.

Mientras corría percibió entre los árboles más cercanos una sombra que se movía, por un momento pensó que el unicornio le estaba siguiendo, pero no era algo rojo, sino algo marrón.

¡No podría ser, no se atrevería!

Daniella con su inocencia siguió corriendo. Pensaba que cualquier cosa sería mejor que volver con el duque de Breakfast, que tanto amor le profesaba y ¡sin siquiera conocerla!

RUTH: Tran...

MONIKA: ¿Cómo quieres que me tranquilice? Quién quiere casarse con semejante... ¡quejica!

RUTH: Oh, oh. Mientras discutíamos se ha hecho presente, se ha cruzado con Daniella la valiente, y le sostiene la mirada con expresión amenazante...

Daniella se quedó completamente de piedra ante el ser que le había cortado el paso. Vestido completamente de marrón, con un saco en la cabeza con dos agujeros para los ojos y una gran sonrisa pintada del color de la sangre, permanecía frente a ella, con las piernas separadas, completamente erguido, un hacha en una mano, descansando en el suelo y una muñeca que mantenía sujeta por el pelo en la otra.

Ella sabía que tenía que gritar, al menos nosotras lo sabíamos, estábamos congeladas viéndolo allí. Sobre todo porque no lo pusimos en la historia, ¿cómo había aparecido?

Dobló un poco la cabeza y la miró.

—Zozo —fue lo único que dijo.

Daniella seguía sin moverse, ni siquiera pestañeaba, parecía una muñeca de cera. Suponemos que es lo que produce el terror.

—¿Te acuerdas de mí? —su voz grave resonó de nuevo.

Pero Daniella seguía sin moverse, quizás ni respiraba...

—Hace demasiado que viajas por el mundo de los sueños, saliendo indemne de todo. Ya no más, Daniella, es hora de enfrentarte a la realidad.

Su voz también daba miedo el saco que tenía puesto hacía que su voz sonase más entrecortada y solemne que de costumbre. Para que os hagáis una idea, Zozo era el tirano más horrible que jamás ha conocido Wald, y Wald es un lugar de sueños y pesadillas de toda clase... así que Zozo era todo un maestro en ser desagradable, ruin y asustador.

Cuando se aburría solía ir a las aldeas a secuestrar niños mientras tarareaba una canción que ponía los pelos de punta, sobre todo con su voz, su verdadera voz... Después rasgaba los cristales con el filo de su hacha, sin llegar nunca a destrozarlos, con su aliento helado, frío y amargo, solía empañar los cristales de las ventanas de toda la aldea, y entre risas, sin seguir cantando, iban desapareciendo poco a poco los niños. Por mucho que sus padres los tuvieran en los brazos, estos desaparecían sin dejar rastro. Al día siguiente sus cuerpos estaban totalmente destrozados.

Hubo un tiempo que no se supo nada de Zozo, creíamos que había muerto, pero bicho malo nunca muere, o no sé yo. Tal vez, no se puede matar al mal en persona.

Zozo rio viendo cómo su presa no se movía.

—Me gusta cuando me lo pones fácil, aunque es aburrido — Y volvió a reírse.

Se abalanzó con el hacha en pos de Daniella y ella no era capaz de moverse.

—Auch —fue lo siguiente que escuchamos cuando nosotras cerramos los ojos, temiendo ver lo peor.

Los abrimos rápidamente al escuchar gemir a Daniella.

MONIKA: ¿Qué hace en Wald?

RUTH: Me he puesto a escribir corriendo mientras te tapabas los ojos.

MONIKA: Oh... Gracias.

—¿Se puede saber qué haces?

—Intento levantarme —le respondió de malas maneras a Lauren.

—Zozo, Daniella, Zozo... ¿Estás loca? —era la primera vez que ella lo veía a punto de perder la paciencia.

—Ni que yo supiera quién es ese tal Zozo —se quejó—, aparte de dar mucho miedo —sus labios dibujaron una expresión triste.

—Te ha encontrado. No sé cómo lo ha hecho ni cómo ha salido de Wald, pero te ha encontrada.

—De eso ya me he dado cuenta —puso una mueca de disgusto— ¿Pero me puedes explicar quién es?

—Es un asesino de niños —intentó ser lo menos dramático posible.

—Eso lo imaginé al verlo —ironizó ella, cruzándose de brazos, al parecer si ningún temor ahora — ¿Pero por qué yo?

—Lleva años buscándote sin éxito. Que no pudiera encontrar la manera de salir de Wald, ayudaba. Te vuelvo a decir que no sé cómo lo hizo —Lauren se pasó las manos por el pelo, era frustrante —, pero no es bueno.

— Él está ahora allí y yo aquí —ella se encogió de hombros— Se aburrirá cuando no me encuentre.

—Eres tan ingenua a veces —negó con la cabeza— Hasta ahora eras la única capaz de entrar y salir de aquí. Ahora la puerta está abierta, ¿lo entiendes, Daniella?

—No

Lauren le dio una patada al aire frustrado.

—¿Y yo qué he hecho? —Dijo el aire y se fue.

—¿Quién ha hablado?

—Muy bien te interesas por las voces y no por tu vida ni por la vida de los demás ya que estamos. Genial. Estoy harto de ti, me voy.

Daniella lo vio marcharse sin decir nada, ¡un milagro!

Y comenzó a andar en dirección contraria. Las tripas le empezaron a rugir y se puso a mirar los arbustos a ver si veía alguna fruta silvestre que conociera. Encontró un arbusto que le pareció curioso, pero ese viejo arbusto lleva ahí durante siglos, no tiene nada de especial, solo da bocadillos de mortadela. La chica arrancó uno bastante grande, para qué contentarse con poco y siguió andando mientras le daba pequeños bocados.

Cuando ya se lo había terminado como no iba con los ojos muy puestos en dónde estaba se dio de bruces contra la puerta de una chabola. Toda valiente, llamó a la puerta y una anciana que parecía un señor le abrió.

—Vaya, Daniella, tiempo sin saber de ti. Pasa, por favor —le hizo un pequeño gesto con la mano para que entrara.

Daniella retrocedió, ¿es que todo el mundo la conocía?

—La verdad es que sí —respondió ella, leyéndole la mente— Llevas toda la vida vagando por Wald, como para no conocerte con cada una de tus aventuras. ¿Vas a entrar? —insistió.

—Yo... pues...

—Tienes una sed terrible, ¿verdad? Tanta que crees que estás a punto de deshidratarte.

Daniella no se había dado cuenta hasta ahora, pero una vez que lo había dicho la anciana... La verdad es que no podía soportar más sin beber.

—Por eso vas a entrar, puedes beber todo lo que desees —sonrió amablemente.

Entró cautelosamente en la choza, mirando cada detalle a su paso. El interior estaba bastante recargado y estropeado y el olor a humedad era insoportable.

La anciana le acercó un vaso y una jarra con agua, o eso se supone, y se sentó en su mecedora.

—Sírvelo tú misma.

—Gracias.

Daniella empezó a beber sin parar, vaciando la jarra rápidamente.

De pronto, oyó algo que chapoteaba y miró a su alrededor por si algo se le había pasado, la casa, por así llamarla, tenía aparentemente solo una habitación. Pero pronto Daniella se encontró con una

cortinita de flores que le sonaba vagamente familiar. Miró a la anciana, estaba haciendo ganchillo muy concentrada... estaba haciendo un jersey de tres mangas de color azul... tenía la lengua fuera por el esfuerzo. Así que se dirigió lentamente hasta la cortinilla y la corrió.

—¡Ah! Otra vez tú, la mirona. Que se vaya la mirona.

Daniella retrocedió. Había localizado al conejo que le había tirado al bosque de Wald en la sala de los espejos. Sintió algo detrás de ella, no quería darse la vuelta, así que permaneció así un poco más.

—Veo que te has terminado el agua, ¿quieres un poquito más?

Daniella no dijo nada. Quería salir de allí de pronto pero no podía mover ningún músculo, de pronto nada de allí le daba buena espina.

—Mi hijo habla mucho de ti, ¿sabes?

—No le respondas —de nuevo la voz.

Como si pudiera hacerlo, pensó Daniella.

Sentía como si su cuerpo no le perteneciera. Su mente sí podía pensar, ella intentaba que sus extremidades se moviesen. Incluso chillaba. Pero no la obedecían. Estaba ahí, es esa choza, a merced de la anciana.

—Te diga lo que te diga, no la creas —le dijo la voz al oído.

Daniella le contestó que sí, dentro de su mente, claro, deseando que la voz la escuchara.

—Al principio pensé que había perdido la cabeza —la anciana se puso delante de ella y la miró a los ojos, apenada— Hablaba de ti tanto que pensé que era una mujer a la que había amado y lo había engañado o vete a saber —negó con la cabeza, algunas lágrimas asomaron a sus ojos— Hasta que me di cuenta de que eso no era pasajero, esa obsesión estaba matándolo. Y tuve que tomar la decisión más difícil de toda mi vida. Iré al infierno por ello, ¿pero es que esto no es ya el mismo infierno?

Daniella la escuchaba atentamente, el dolor en su voz no era fingido.

Y ese dolor le estaba taladrando a ella también, sentía el dolor de sus palabras como si le atravesaran lanzas, sentía el sabor de la sangre en su boca. Quería escupirla.

—No lo hagas— le dijo la voz.

Daniella trató de no hacerlo con todas sus fuerzas.

—Yo te aprecio mucho Daniella, de verdad. Pero es que eres un poco palurda. No era mi intención ofenderte, si te ofendes es cosa tuya. Yo solo digo las cosas como son.

La habitación se tiñó de oscuridad. Y se oyó la voz melosa de un hombre que cantaba una siniestra canción con aún más dolor, Daniella cerró los ojos mientras lloraba:

*Suenan las campanas cuando tocas el timbre en una mansión
pero cuando te adentras en este mundo te llega la destrucción,
¿huirías de tu mundo al lugar de los sueños si supieras cómo es?
Puede que nunca estuvieras fuera, sino que siempre fuiste de Wald;
¿quieres huir? ¿Quieres salir? Ni siquiera recuerdas quién soy
y dejas que otros lleven el nombre que tú me bordaste.*

Los volvió a abrir para ver que la anciana no parecía estar en la habitación o tal vez la oscuridad se lo había zampado todo menos a ella misma.

—Está visto que no puedo dejarte sola.

—¿Lauren? —gimió ella cuando le pusieron algo frío en la frente— Escuece.

—Claro que escuece, tienes una herida abierta en la cabeza —pues sí que estaba enfadado— No, no abras los ojos, hay demasiada luz aquí.

—¿Qué ocurrió? —preguntó al cabo de un rato, cuando el dolor se iba haciendo cada vez más soportable.

—Estuvo a punto de encontrarte de nuevo. Estate quieta —le dio un manotazo en la mano que iba directa a la herida.

—¿Zozo? —no recordaba qué ocurrió muy bien, pero sí se acordaba de la anciana y, sobre todo, de la canción.

—No va a parar hasta tenerte —daba la impresión de que hablaba con la mandíbula apretada— Quise evitar esto, de verdad, pero vamos a necesitar ayuda.

—¿De quién? —ella intentaba entenderlo, pero con lo comunicativo que era...

—De tu familia, Daniella. Ya es hora de que sepan que sigues viva.

CAPÍTULO 4

En busca de la familia perdida



Desde que Lauren la había ido a ¿rescatar? Habían estado andando por Wald, sí, como hasta entonces, pero no deambulando. Lauren sabía adónde tenía que ir, se veía que los conocía bien.

—Por aquí no se va a mi casa— protestó la niña petarda.

—No viven en su propia casa.

—Lo hacen.

—No, tú te refieres a la mujer y al hombre con los que a veces has estado viviendo. Pero no es tu familia.

—Espera... no me dirás que el Breakfast ese lo es... ¿verdad?

—¿Quién? Déjalo. Tu familia vive... no sé dónde vive exactamente, ¿vale? — Menos mal que parecía que sabía adónde iba. Calla. — Pero conozco a alguien que sí lo sabe.

—¿Quién?

—Una —Daniella se cruzó de brazos.

—¿Tu novia?

—Mi hermana.

—Oh.

Luego Lauren murmuró algo muy bajito y no hablaron más del tema.

Llegaron a un cruce de caminos y se quedó dubitativo, apartó unas hojas de árboles y se quedó mirando unas señales. Lauren se quedó tanto tiempo mirándolas que Daniella no pudo evitar hablar de nuevo.

—¿No sabes leer?

—Ese no es el problema.

—Yo sé leer, déjame— Dijo muy orgullosa de sí misma, y lo apartó bruscamente. Se quedó mirando el poste, intentó darle la vuelta, se dio la vuelta ella.

—¿Es que no sabes leer? —Dijo Lauren imitándola.

—Pensé que era una señal que informaba hacia donde tenías que ir.

—Y lo es.

—Pues no entiendo nada.

—Dice claramente: “Si hacia el Oeste tú quieres ir, verás estrellas caer y de nuevo subir”.

—¿Y eso se traduce en...?

—No lo sé, por eso intento recordar la traducción.

—Oh, aquí hay otro: “Si hacia el Este tú quieres marchar, un dragón te alcanzará”.

—Ese no es tan difícil.

—Solo dice que, si vas para allá, los dragones se pelearán por ti para ver quién te come.

—Mejor ir al Oeste.

—Tal vez...

Y fueron al Oeste.

Nada más seguir el rumbo elegido, Daniella ya se estaba arrepintiendo.

—No pienso pasar por ahí —se cruzó de brazos, cabezota. A eso nadie la ganaba, como tampoco a dramática, valiente, patosa... Bueno, ya me entendéis— ¡Lauren! —gritó cuando él la jaló del brazo. Ella plantó los talones en el suelo, dificultándole que la moviera— ¡He dicho que no voy a pasar por ahí!

—Ah, pero lo harás —sentenció él.

—No lo haré —gruñó ella mientras intentaba quitarse su manaza de encima.

—Está bien —él se paró y la encaró— ¿Dónde está el problema?

—No sé nadar —lo dijo tan bajito que ninguno la entendimos.

—¿Qué?

—Que no sé nadar —repitió entre dientes.

—Y no tendrás que hacerlo, vamos en barca.

—Oh, sí, por supuesto, eso me deja ya más tranquila.

—No seas sarcástica.

—Pues volvamos y nos enfrentamos a los dragones —ella ya había girado sobre sus talones.

Pero Lauren fue más rápido esta vez, quién lo diría, que con lo tranquilo y pacífico que parecía, también tendría su genio.

Sin decir ni una sola palabra, la cogió en brazos y se la colocó sobre el hombro.

—¡Suéltame! —chilló ella, muy enfadada mientras le golpeaba la espalda con los puños.

—Será un placer —dijo él antes de dejarla caer dentro de la barca.

—Auch...

Ya sabemos quién se quejó por el golpe, no os lo tenemos que repetir, ¿verdad?

Lauren la arrastró hasta que tocó la orilla y, de un saltó, se metió en ella.

—A partir de ahora, se acabaron las contemplaciones, niña malcriada —cogió el remo y empezó a remar.

Daniella se obligó a no hablar con él, estaba enfadada. No era consciente de que el hecho de que estuviera en silencio era más una bendición o un premio que un castigo. No seremos nosotras quienes le diremos lo contrario. Se quedó inmóvil mirando el paisaje, mientras Lauren remaba con el único remo que había, de esa de momento se había librado.

Los lados del río eran muy diferentes entre sí, uno estaba verde y lleno de árboles y el otro también, pero la diferencia residía más allá. De la izquierda habían venido, los peligros allí no eran tan fatales como en el lado derecho, ese lado, se decidía que era donde solía morar Zozo y dónde sus bestias, creadas por él mismo, pues era artesano, vivían con él, haciéndole compañía. O vete tú a saber qué.

Daniella se preguntó cómo era la familia que decía Lauren que era la suya, no recordaba otra más que con la que había vivido. Pero esperaba con todas sus fuerzas que ese maldito caballo no estuviera dentro de los miembros de su familia. También se preguntaba si aquella muchacha a la que iban a ver, de verdad era la hermana de Lauren. Se preguntaba muchas cosas, pero como estaba enfadada con Lauren y era muy cabezota luchaba consigo misma para no abrir la boca.

—Pues eso —dijo ella como quien no quiere la cosa. Ya había aguantado demasiado tiempo callada, creía que iba a volverse loca.

Ahora era Lauren quien la ignoró.

—Ains —suspiró ella.

Pero Lauren la volvió a ignorar.

Daniella se mordió el labio, ¿se reía de ella? Él la había metido allí, obligada, ¿y la ignoraba?

—¿Has oído eso? —preguntó Lauren de repente.

Ah, si pensaba que le contestaría, es que no la conocía.

—No es un juego, Daniella, ¿lo oíste o no?

Nuestra niña malcriada negó con la cabeza.

—¿Recuerdas exactamente qué ponía la señal hacia el Oeste? —él llevaba todo el camino intentando recordarla, pero algo se le escapaba.

—Pfff...

—Daniella... —le advirtió.

—Si hasta el Oeste tú quieres ir, verás estrellas caer y de nuevo subir —repitió gracias a su buena memoria.

Pero Lauren, de repente, se había quedado en shock.

—¿Lauren? —la estaba asustando.

—Perdóname, Daniella, pero no puedo hacer otra cosa.

Y antes de que las bolas de fuego empezaran a caer del cielo, rebotando en el agua y volviendo a subir, Lauren había volcado la barca y los dos cayeron al agua.

Daniella trató de nadar como un perrito, pero como no sabía ni eso, se quedó bailando en la corriente mientras se ahogaba.

Abrió los ojos y vio a alguien delante suya, como estaba tan cerca no lo veía tan bien, después se dio cuenta de que sus labios estaban juntos y que le metía aire. Luego vio a Lauren despegándose de su

cara y llevando sus manos al pecho.

Se levantó enseguida mientras escupía:

—¿Qué te crees que estás haciendo, so' cerdo?

—Salvarte la vida... te habías ahogado en el agua.

—Ya... —siguió escupiendo — ¿Dónde estamos ahora?

—No lo sé— se encogió de hombros. Volvió a transformarse en el niño pasota de siempre.

—¿Adónde vas?

—A ver dónde estamos.

Daniella lo siguió en la distancia. No se fiaba de él ni un pelo. Llegaron a una casa enorme y ponía en el buzón: Hogar de (la) Alegría.

Lauren abrió la enorme puerta de metal y entraron. Daniella no podía creer lo que estaba viendo. La mansión era enorme, todo el alrededor eran verdes jardines con toda clase de plantas, flores, un buen espectáculo de colores. En medio del camino a la casa, una pequeña fuente donde nadaban tranquilamente decenas de peces de colores.

Era precioso.

Antes de subir los escalones a la puerta principal, se escuchó una cantarina voz proveniente de la parte trasera. Lauren la cogió del brazo y la obligó a seguirlo.

Al llegar, vieron a una diminuta y delgada mujer cantando y bailando mientras tendía la ropa en una cuerda que colgaba entre dos enormes cerezos.

Aquí tienes una cancioncilla que escribí.

Puede que quieras cantarla nota a nota:

No te preocupes, sé feliz

Todos tenemos problemas en la vida

Cuando te preocupas, los haces el doble

No te preocupes, sé feliz...

No tienes dónde apoyar la cabeza

Alguien vino y te quitó la cama

No te preocupes, sé feliz
Mírame a mí, soy la alegría, soy feliz
No te preocupes, sé feliz
Aquí tienes mi número de teléfono
Cuando estés preocupado
Llama a Alegría
Te haré feliiiiiiiiiiiiiiiiizzzzzzzzzzzz

Se puso una de las capas que iba a tender por encima y comenzó a bailar alrededor del árbol.

Lauren puso los ojos en blanco, su hermana y sus espectáculos.

Los pies de Daniella, sin embargo, comenzaron a moverse y, casi sin darse cuenta, apareció junto a Alegría, cantando el “No te preocupes, sé feliz”.

Se sentó a leer un libro, estaba seguro de que a pesar de lo gordo que era al llegar a la mitad se habrían cansado. Estuvo en lo cierto. Fuera había oscurecido. Y las dos estaban sonrientes y tiradas en el suelo.

—Me duele la cara— dijo Daniella mientras le dolía incluso hablar— bueno y todo...—Lauren cerró el libro. Por fin lo había terminado.

—¿Qué hacéis por aquí? — Dijo jadeando aún su hermana.

—Hola, soy Daniella.

—Hola, lo sé. Querida, te conozco desde hace mucho tiempo. Pero mira cómo has crecido. Ains, estos jóvenes...

—No recuerdo dónde vivía su familia.

—En su casa no, se mudaron.

—Lo sé— dijo su hermano cansado.— Pero aún viven y quiero que vean que sigue viva...

—Oh, qué tierno eres. Tan refunfuñón a veces y otras tan osito de peluche.

—Déjame.

—Volvió a ser refunfuñón.

—Bueno, puedes decirnos dónde viven ahora.

—Déjame pensar...

Media hora después, seguía pensando.

—Bueno, ¿ya? —Lauren estaba impaciente.

—No —su hermana, desesperada— Necesito comer algo, no me riega el cerebro.

—No te riega nunca, igual que a esta —Lauren señaló a Daniella quien le dio una patada, por grosero— Pegas como una niña —la miró despectivamente. Pero lo suyo le estaba costando, le había dado en toda la espinilla y le costaba aguantar el gesto de dolor.

—Oh, pero eso es perfecto —dijo de repente Alegría— ¡Todos a cenar entonces! — cogió a Daniella y entrelazó su brazo con el de nuestra protagonista, dirigiéndola a la casa a la vez que pegaban saltitos al caminar.

Y cantaban la canción, cómo no.

Y Lauren refunfuñaba detrás, cómo no también. Nuestro chico comenzaba a sacar el genio oculto que tenía tras esa aparente tranquilidad.

Llegaron a la cocina y Alegría los hizo sentarse. Colocó las coas encima de la mesa y empezó a preparar la comida.

—No te va a gustar —Lauren llamó la atención de Daniella.

—Porque tú lo digas.

—¿Qué, quieres apostar?

— Lo que quieras —le caía bien su hermana y estaba muerte de hambre.

—Pensaré en algo en otro momento. ¿Por qué no nos levantamos ahora y desaparecemos?

—No quiero —terca como una mula.

—Daniella...

—No.

—Está bien —levantó ambas manos, dándose por vencido— No digas que no te lo advertí.

Alegría llegó con la fuente de la comida y la colocó en la mesa. Se sentó y dijo:

—Servíos todo lo que os queráis —una enorme sonrisa iluminaba su cara.

Un gemido salió de la garganta de Lauren y Daniella tenía los ojos abiertos como platos.

—Recuérdame que te haga caso la próxima vez —las arcadas empezaron a llegar.

Alegría ni se inmutó, siguió cantando como si nada. Debajo de la mesa, le habló a Lauren:

—¿Cómo es que cocina tan mal?

—Fácil, se pone a cantar y cierra los ojos y no ve lo que hace. Una vez sirvió azúcar con sal y se quedó tan ancha. Era en una cena con gente importante. —Se enderezó— Oye, Alegría, ¿recuerdas ya?

—¿El qué?

—La dirección de dónde viven su familia que no es su casa sino en otro lugar.

—¡Oh! Sí. Pero no te va a gustar. —Y siguió cantando.

—Cualquier sitio mejor que este— susurró— Venga, dímelo.

—Cerca de Über.

—Ahora entiendo lo rara que es. Anda que irse a vivir ahí.

—No se fueron solos —Dijo en un tono lúgubre, al segundo volvió a estar cantarina— ¿Queréis quedaros a dormir?

Y se quedaron a dormir. Alegría incluso roncando parecía cantar. Lauren apenas pudo pegar ojo.

Pero os lo digo literalmente. Al rato de vueltas y vueltas y vueltas y vueltas en la cama, casi mareado, se levantó y se acercó a la cocina. Su estómago ya cantaba más fuerte que su hermana, estaba famélico.

Solo guiándose por la luz de la luna llena que entraba por la enorme ventana de la cocina, se preparó un tazón con cereales y cogió un brick de leche. Iba a sentarse cuando...

—Si me hicieras el honor de prepararme un té, querido, te lo agradecería.

El brick se estrelló y se reventó en el suelo, dejándolo todo pringado. El cuenco hizo lo mismo mientras decenas de cereales volaban por la cocina. Lauren intentó salir corriendo, pero se resbaló con un cereal mojado en leche y cayó de cabeza hacia atrás.

—Oh, ¿te encuentras bien?

—Hum... —gimió mientras se levantaba— ¿Quién está ahí?

—El Duque de Bedford, Casimiro para los amigos.

—Eso lo aclara todo...

—¿Sabes que el sarcasmo o la ironía la inventamos los ingleses? —preguntó el unicornio, divertido.

Lauren se levantó, y consiguió sentarse.

—Pfff, no se me va a quitar este olor en la vida.

—Báñate con limón.

—Grrr... ¿Qué haces aquí? ¿Qué es lo que quieres?

—Vine por mi prima.

—¿Tu prima? ¿Tengo pinta de tener escondido un caballo por aquí?

—Ejem... obviaré eso. Soy un unicornio —le volvió a salir el tono ducal— Vine a por Daniella.

—Daniella no es ningún unicornio.

—Tú no eres un diminuto del Sur.

Ahí le había pillado.

—¿Por qué la buscas?

—Quiero casarme con ella. —Aquello había hecho que Lauren se cayera de la silla, y que la silla se cayera encima de él. Tanto tiempo con aquella chica, le estaba persiguiendo su misma racha.

—¿No acabas de decir que es tu prima?

—¿Y? La quiero.

—¿Quién es? — dijo la voz cantarina de Alegría, la caída de Lauren la había despertado. Lauren esperó que no se haya despertado también Daniella. Entendíamos porqué, aquella boca que tiene una vez despierta nunca para de hablar. Y menudo dolor de cabeza que da. —Oh, Lauren no me habías dicho que vendría un amigo tuyo a estas horas, hubiera cocinado algo, debe de estar cansado.

—No, no es necesario.

—Así no se deben de tratar a los invitados y como es mi casa, yo soy la anfitriona...

—Oh, gracias, querida.

Daniella creyó oír un acento británico desde la cama en la que dormía, pero no pensó que fuera cierto. Así que siguió durmiendo.

Lauren dejó que se indigestara el unicornio aquel, porque no creía ni una sola palabra de lo que dijera. Así que espero a que se comiera la comida de su hermana y corrió a por Daniella y se la llevó a hurtadillas.

—¡Suéltame, niño de las cavernas! —gritó ella cuando se dio cuenta de que la llevaba de nuevo en el hombro cual saco de patatas.

—Shhh, cállate, aún pueden oírnos.

—¿Oírnos quién, homo no sapiens? ¿Te has vuelto loco?

—El Duque, niña malcriada.

Esto le hizo cerrar la boca de golpe. Así que no había sido un sueño.

—¿Qué es eso de que quiere casarse contigo? —preguntó él enfadado— ¡Eres una niña!

—Y yo qué voy a saber... Es un unicornio, Duque para más INRI, a saber lo que pasa por su única neurona.

—Pues sangre para regarla creo que no.

—No, eso ya se ve que no. ¿Puedes hacer el favor de bajarme? Sé caminar.

Lauren resopló y la soltó en el suelo. Esta vez bien, pero nuestra patosa preferida se echó tanto para atrás que se golpeó con una rama que había salido de la nada, estaba allí, como flotando y nada más.

—No sé cómo sigues viva después de tantos golpes —el tono de Lauren era de asombro.

—Ni yo —gimió— ¿A dónde vamos ahora? Es plena noche.

—A buscar a Tommy.

—¿A ese? ¿Para quién soy invisible? Ni loca —se giró, dispuesta a marcharse.

—Es el único que puede ayudarnos a encontrar a tu familia, confía en mí.

Daniella se quedó quieta.

—¿Y cómo lo hará?

—Tiene poderes importantes. Confía en mí, solo eso. O solo por esta vez.

Ella lo pensó unos segundos y asintió con la cabeza.

Lauren la cogió de la mano y se adentraron en el bosque.

RUTH: La noche era muy fría.

MONIKA: La más helada de todas. Estaba nevando y caían trozos de hielo del cielo.

RUTH: Y muñecos de nieve.

MONIKA: Cierto, los muñecos de nieve caían enteros hechos y derechos y no se deshacían ni al tocar el suelo, eran las ardillas.

RUTH: Esas odiosas ardillas...

MONIKA: Las que destrozaban iracundas aquellos seres de nieve.

RUTH: ¡Sin piedad! Les quitaron la ropa, ¡qué humillación! Y después le despojaron de la gracia y de su existencia.

MONIKA: Daniella tenía mucho frío y la mano cálida de Lauren le daba seguridad, desde que tocaba su mano, no había tropezado ni una sola vez. ¿Aquello sería algo a tener en cuenta? Solo pensarlo

le hizo liberar su mano.

—¿Qué haces? ¿Por qué te has soltado?

Daniella buscó una excusa en su cabecita... porque ni ella misma sabía por qué lo había hecho.

—T...tengo que ir al baño.

—Háztelo encima, tenemos que irnos. Además, así te calentarás un poco después de haberte parado.

—Eres un cerdo —puso cara de asco.

—Quizás, siempre te dije que no sé lo que era. Ven aquí. —la cogió fuerte de la mano— No vuelvas a soltarte jamás. —ordenó.

Daniella no reaccionó. ¿Pero qué le había pasado ahora para esa sobreprotección? Por algo ella prefería ir sola por la vida, no tenía que aguantar neuras de nadie, bastante tenía con intentar entenderse a ella misma.

Algo que no era fácil, todos lo sabemos.

—Ya hemos llegado —dijo él de repente.

Daniella miró alrededor y no vio nada más que árboles.

—¿Y dónde está la casa?

—Aquí —Jürgen llamó a la puerta.

RUTH: Será Lauren...

MONIKA: Cierto, pero es que lo llamo siempre Jürgen, se me ha metido en la mente.

RUTH: Pero es Lauren, tú misma elegiste ese nombre.

MONIKA: Ya lo sé, pero siempre lo llamo Jürgen, ¿qué voy a hacerle?

RUTH: Lo germano te afecta...

MONIKA: Demasiado...

—Aquí —Jürgen—Lauren llamó a... ¿un árbol?

Segundos después, una puerta en el árbol se abría.

—Es un poco tarde para visitas —bromeó Tommy.

—Necesito tu ayuda —Jürgen Lauren entró y Tommy estuvo a punto de cerrarle la puerta en las narices a Daniella. Si no llega a ser porque JL (vamos a llamarlo así o yo acabaré loca y todos vosotros locos conmigo de camino) jaló de ella rápidamente, a saber...

RUTH: Una vez dentro, porque fuera no iba a ser.

MONIKA: Uy, qué graciosa.

RUTH: Vete un rato por ahí y que te dé el fresco.

MONIKA: ¿Qué fresco si estamos en...?

RUTH: Ese muñeco de nieve te está mirando mal, a por él.

Como iba diciendo, una vez dentro Daniella se quedó mirando lo concurrido que estaba todo en aquel árbol, porque era muy estrecho y se imaginaba que dentro no lo estuviera o porque las leyes de la física no le entraban en su cabeza. Solo hay cabida para los golpes.

Jürgen... Será posible... Voy a tirarme contra la nieve un rato ahora vuelvo...

Lauren le contó todo lo que había pasado a su amigo Tommy mientras este parecía escucharles hasta que pegó un ronquido.

Lauren se acercó, aún con Daniella agarrada de la mano, a una esquina del salón, cogió la jarra de agua que había, volvió a su sitio y se la derramó entera a Tommy. Encima de su cabeza. El pobre, al dar un salto por el frío, se golpeó con la lámpara del techo.

—Odio cuando haces eso —gruñó Tommy.

—Yo odio cuando te duermes mientras te hablo.

—Es que eres un pelmazo, ¿puedes ir al grano?

—Tenemos que encontrar a la familia de Daniella.

—Pesadito estás con Daniella. ¿Estás bien? ¿O te has llevado un mal golpe? —Tommy se levantó y tocó la frente de Lauren.

—Estoy bien —le dio un manotazo— No me toques, odio que me toquen.

—Tommy puso los ojos en blanco (nosotras hemos intentado hacer esto y duele, pero los personajes de libros lo hacen sin dolor y muy bien, además. No lo intentéis sin la supervisión de un adulto) y Daniella frunció el ceño.

—Yo te estoy tocando —le recordó.

—Tú sí puedes.

—¿Hablas con Daniella?

—Sí.

—Oh —Tommy ya estaba intrigado —¿Y por qué ella sí puede tocarte y los demás no?

—No sé, pero es así. ¿Nos vas a ayudar?

—Está bien. Pero quiero ver antes a Daniella.

—No sé por qué no la ves.

—Ni yo, por eso quiero verla.

—Y yo que me vea, no me gusta ser invisible.

Eso no hacía falta que lo jurara, su ego sufría.

—Déjame intentar algo —Tommy se acercó a un pequeño baúl y lo abrió.

Empezó a tirar cosas fuera de él, dándole a Daniella, todas, porque menudo imán tiene ella. Sacó una caca de plástico, un bote lleno de babas, un bote lleno de miedo, plata, unos ladrones, un pequeño dragón, tres cerdos, ... (Daniella y nosotras nos preguntábamos cuántas más cosas le cabían dentro del baúl porque se estaban quedando sin sitio, Daniella tenía las puntas quemadas, y los cerdos se habían quedado dormidos en sus pies), una pierna de alguien humano y por fin pareció contento.

—Que se ponga esto.— En la palma de su mano había una sortija. Lauren la cogió como quien coge un caramelo caducado.

—No— negó Daniella.

—Dejarás de ser invisible para Tommy.

—Oh, claro y me pondrás un anillo en el dedo. ¿Lo estás diciendo en serio? ¿Después de...? — Recordarlo le dio arcadas, trató de asirse. Pero Lauren le tenía la mano fuertemente cogida y los cerdos en los pies no ayudaban.

—Estate quieta —le advirtió Lauren.

Tommy miraba la escena divertido, cómo Lauren tiraba de algo invisible y discutía solo. Él creía que estaba loco, para qué mentir. Sabía la historia de Daniella como también sabía que era imposible que estuviera viva, allí, en su casa, además.

—No quiero —ella hizo el intento número trece de intentar soltar su agarre.

—Daniella...

—¡Qué no!

—¿Pero qué te crees?! ¡¿Qué voy a ponerte el anillo mientras digo: con este anillo te desposo?!

Eso fue exactamente lo que hizo.

—¡Somos niños, por favor! —exclamó Lauren.

Tommy reía sin parar y Daniella no sabía si tirarle algo a la cara a los dos o llorar. En el fondo era una romanticona.

La risa de Tommy se cortó en el acto cuando vio a nuestra protagonista materializarse delante de sus ojos.

—No me lo puedo creer...

—¿Me ves?

Un cerdo hizo de las suyas y los apestó a todos.

De pronto el árbol empezó a temblar sobre sí mismo. Sonaron unas campanas y una melodía siniestra.

—¡Alfalfa!— dijo Tommy sabiendo qué era ese sonido, metió todo de golpe en el baúl de nuevo, salvo la sortija.— Vamos, seguidme— Y abrió una rendija en el suelo por la que se coló.

Lauren la empujó por el agujero. Pero no cabía.

—¿Desde cuándo eres tan gorda?— Aquello la sacó de sus casillas.

—Bonitas bragas— dijo Tommy desde abajo. Daniella se ruborizó. Trató de quitarse el anillo. Pero Tommy volvió a decir unas palabras no muy audibles. Y Daniella bajó como succionada por algo. Después Lauren cogió algo del baúl, lo guardó en su bolsillo y se fue agujero abajo.

El agujero se cerró tras él y empezó a avanzar por el túnel subterráneo mientras Tommy era golpeado por Daniella. Cuando se cansó de atizarle miró a su alrededor. Era un túnel, no había dudas, pero no era como los túneles que recordaba. Había plantas, raíces, apenas había rocas y había luz.

—¿Qué lo ilumina?

—Hadas. —Daniella se quedó esperando la respuesta seria, como si alguna vez le diera otra respuesta más allá de la que le da.

—¿Y ya? —preguntó cuando vio que no iba a extenderse en su explicación.

—Ya te lo dije, ¿qué más tengo que decir?

—Cualquier día te atizo —susurró.

—Vamos —Tommy la cogió por la mano para que lo siguiera.

—No la toques —el puñetazo de Lauren fue inmediato.

—Eh, tranquilo —Tommy levantó las manos en señal de rendición— ¿Es que tampoco la puedo tocar a ella?

—No.

—¿Por qué? —no había quien entendiera a su amigo.

—Eso digo yo, ¿por qué? —Daniella metiendo cizaña, para no variar.

—Pues porque no.

Tommy hizo un gesto con la mano, instándolo a alargar la explicación. Lauren lo miró malamente y agarró de nuevo a Daniella de la mano.

—Vamos —fue lo único que dijo.

—No es por ahí —le advirtió su amigo.

Volvió sobre sus pasos en un giro violento que hizo que Daniella se golpeará con un saliente de la pared.

—Eres un imán para los golpes, niña malcriada —se quejó él.

—En fin... —refunfuñó ella.

Llegaron a una intersección de caminos, tres posibles senderos para ser más exactos, cada uno con sus señales.

—Otra vez los acertijos —gimió Daniella, recordando cómo acabó en el agua después de ser atacada por bolas de fuego.

Lauren leyó el primero:

—“Si por el tercero quieres...” —se quedó contando de izquierda a derecha y se quedó en shock un momento, luego siguió:— cruzar, encuéntralo para empezar”.

Tommy intrigado leyó el tercero por la izquierda:

—“Si por el segundo...” —resoplaron los tres a la vez— quieres saltar, lleva zanahorias para alimentar”.

Daniella quería leer el que quedaba, pero Lauren no la dejó irse y fue él:

—“Si por el por el primero te quieres deslizar, abrígate el pescuezo antes de entrar”.

Daniella suspiró.

—Creo que es mejor por el otro lado.

—Creo que es mejor que te calles —le gruñó Lauren.

—¿Crees que las señales están cambiadas?

—Obviamente sí —dijo Daniella ignorando a Lauren.

—No creo que lo estén.

—¿Y si lo están? —preguntó Tommy.

—Tendremos que arriesgarnos —Daniella se encogió de hombros, no quedaba de otra.

—No te confundas, tendremos, tú no estás incluida —cortó Lauren.

—¿De qué estás hablando? —Tommy alucinaba— No podemos dejarla aquí.

—Y yo no puedo arriesgarme a perderla, tengo que llevarla con su familia.

— Pero... —no la dejaron hablar.

—¿Y crees que es mejor dejarla aquí, sola? Realmente, Lauren, ¿has perdido el juicio?

— Desde el día que apareció, sí. No es la cuestión. Tiene que llegar sana y salva.

— Lo hará mientras la protejamos, pero estando cerca de ella.

—¡Se acabó! —el grito de Daniella los silenció a los dos— ¿Pero qué os creéis, que soy una damisela en apuros? He sobrevivido toda la vida sin vosotros, pareja de Neandertales. No necesito ayuda de nadie. Ahora me vendrán con el cuento de: es que eres una niña, bla, bla, bla. Buag —hizo el gesto de vomitar— Cenutrios —sin pensar en nada, se soltó de Lauren, quien la miraba con los ojos como platos, al igual que Tommy, y se internó en uno de los caminos.

—Se nos va —dijo Tommy.

Lauren salió del estupor la siguió.

Pero Daniella desapareció delante de sus ojos, simplemente se esfumó.

CAPÍTULO 5

El olor a conejo



Daniella despertó en el suelo, aunque era un suelo muy elástico estaba todo muy oscuro, no sabía muy bien qué había pasado. Bueno, sí lo sabía. Se había enfadado con los dos que había dejado atrás. Y había despertado ahí, donde quiera que estuviese.

De vez en cuando oía como algo dando contra el suelo, algo áspero, pero más al fondo que ella, no sabía qué era. Pero tampoco iba a quedarse ahí calladita.

—¿Hola?

Su pequeño hilo de voz pareció llegar a alguien porque el sonido que percibía dejó de oírlo. Y después oyó como unos pasos acolchados, un hierro que se movía con otro hierro y entre la oscuridad salió la cara de un roedor gigante.

Daniella chilló. La señora coneja ni se inmutó, parecía acostumbrada.

RUTH: Le pegó en la cabeza con la escoba que sujetaba con la otra pata.

—Auch.

—Al menos dejaste de chillar. Mamá tiene dolores de cabeza desde que volvió a quedarse preñada. —le dijo la señora coneja— Baja, está a tu altura.

La señora coneja desapareció de pronto. Daniella miró hacia abajo y vio la luz moviéndose poco a poco. Le hizo caso, es extraño que lo haga, pero lo hice. Estaría enferma.

Tuvo que agachar la cabeza un poco para poder andar perfectamente.

—Perdone, ¿pero dónde estoy?

—En el nuevo reino de los diminutos del Fur, por su puefto.

—Oh.

—Fí fí de estof túnelef eftará en la Corte.

—¿Corte?

—Fí, fí. ¡La Corte! La Prinfefta ef de fu edad.

—Oh.

No iba a decirle que supuestamente la princesa era ella.

Llegaron a una pequeña extensión con varias puertas diferentes. La coneja se acercó a una y entró.

—Fígueme.

Como si pudiera hacer otra cosa, pensó.

La casa era amplia si vemos el tamaño de los conejos. Uno “gigantesco” estaba tumbado en una especie de cama creada con arena dura y con la cabeza tapada con un babero infantil.

—¿Tu madre?

—Fí, pero fffff, eftará enferma. Ponte ahí, te daré un té.

No era momento de decir que no le gustaba el té, se lo tomaría, les pediría cómo salir de allí y se iría, estaba empezando a tener claustrofobia. Y no era la primera vez, no le gustaba nada.

—¿Cuándo puedo hablar con ella?

La coneja la ignoró y se puso a hacerle el té.

Daniella, sin amedrentarse y decidida a irse de allí cuanto antes, se acercó a la madre coneja.

—Señora, ¿puede oírme?

—¡Klaus! ¡Klaus! —Gimió la gran coneja—. ¡Klaus! Los pies me pican, y no llevo. ¡¡Klaus!!

—Señora... —Como no veía moverse ningún Klaus, decidió rascarle los pies ella. Igual así le atendería antes.

La señora empezó a gemir del gusto. Las orejas y los pies por un momento se le tensaron y luego se relajó todo su cuerpo. Era la primera vez en unos meses que sentía tanto placer.

Daniella sintiéndose violenta sin saber por qué, paró.

—Oh, Klaus te has coronado esta vez, gracias.

—Pero si acabo de llegar —dijo un conejo grisáceo con gafas— ¡Hay una niña a los pies de mamá!

En ese momento la señora coneja de antes entró con una tetera:

—Pafo que voy ardiendo— dijo con un torrente de voz cantarín.

—Glorieta, ¿la conoces?

—No —dijo meneando la cabecita— Pero le hife té. —Y enseñó la tetera. Creemos que no era la coneja más lista de todas las camadas que dio su madre.

—Perdón, solo quiero hablar con usted —hizo una ligera reverencia— Quiero saber cómo salir de aquí eso es todo.

—¿Y piensas que te vamos a dejar salir así, por las buenas y ya? —papá conejo movió su nariz, pensativo.

—¿Y por qué me iban a mantener aquí? —incrédula era poco decir.

—Mamá coneja está mala, alguien tiene que ayudarnos en casa y Glorieta es muy pequeña aún.

—Pero tienen más... Bien, ¡son conejos! Seguro que hay más Glorietas.

—Ejem... ¡Pues claro que las hay! Procrear es una de mis funciones, pero no es la cuestión —dejó el maletín en una mesa y volvió a mirarla— Quien algo quiere, algo le cuesta.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que mamá coneja sea capaz de valerse por sí misma. Entonces yo mismo te llevaré a la salida.

Daniella no tenía más remedio que aceptar.

—Dos días máximo.

—No es negociable —dijo él hastiado.

—Está bien —suspiró— Espero que sea poco tiempo.

Claro que ella no sabía que nosotras, las narradoras escritoras, nos encargaríamos de que fuera más de lo que ella creía.

—Puedes empezar por fregar —papá conejo le señaló el fregadero.

—Echo de menos a Jürgen —susurró.

—¿Quién es Jürgen? —Glorieta ya estaba junto a ella, cual sombra.

—¿Quién?

—Jürgen.

—Oh, no sé.

—Pero lo dije.

—Yo no —la niña coneja no estaba bien de la cabeza, pensó Daniella.

—Haf dicho: Echo de menos a Jürgen.

—A Lauren, entenderías mal —Daniella cogió un estropajo y echó un poco de líquido que imaginaba era para fregar.

Después de unas horas había fregado, zurcido, limpiado las paredes, pelado zanahorias, jugado con bebés conejos y rascado varias veces los pies de la mamá coneja. Estaba muerta y papá conejo no la dejaba ni sentarse, pero él bien que estaba sentado. Daniella estaba hastiada, quería decirle un par de cosas a ese conejo, pero nunca la dejaba sin tareas por hacer.

—Ya está bien.

Papá conejo se levantó e inspeccionó.

—Pues no, aún no lo está. Aún veo la mancha de cuando...

—Estoy harta. No puedo más, me muero de sueño.

—Pues vas a seguir trabajando aun tienes que...

—Mire o me deja descansar o le meto en una olla y le cocino.

Todos los conejos que la oyeron se taparon la boca con asco y asombro. No podían creer lo que oyeron, Glorieta se acercó a Klaus y ambos se acercaron a su madre con espanto mientras musitaban un lastimero “mami...”. El señor conejo tembló, vio a su familia y luego con la escoba empujó a Daniella hacia fuera.

—¡Daniella! —el grito de Lauren cuando la vio aparecer casi le rompe los tímpanos.

Se acercó a ella corriendo y la ayudó a levantarse.

—Me duele —ella se tocó la cabeza, otro golpe.

Lauren la revisó de arriba a abajo mientras ella seguía quejándose. Habían estado por horas allí, esperando que ella apareciera. Ya iban a darse por vencidos cuando la vieron volver.

—¿Estás bien? —Tommy se acercó, sin tocarla, claro.

—Está claro que ese camino no es. Y odio a los conejos, por cierto. Animales malignos... Déjame en paz —no tenía ganas de ver a Lauren, por su culpa tenía las manos destrozadas de limpiar.

—Pero...

—Que me olvides.

—Entonces una opción menos —cortó Tommy— Nos quedan dos caminos a elegir.

—Ah, no, pues es cosa vuestra, yo estaré traumatizada de por vida. Y si no dejadme volver a mi casa, estoy un poco cansada de esto.

—A tu casa es adonde te llevamos —replicó Lauren.

—No, a la que tú —lo señaló con el dedo— crees que es mi casa. Yo quiero volver a mi vida. Me confundes con quien no soy. Incluso si lo fuera, ¡pueden seguir pensando que sigo desaparecida!

Lauren estaba preparado para soltarle una diatriba cuando, de repente, una conocida canción empezó a sonar.

Daniella se quedó petrificada, como siempre que la oía.

—Oh... Oh... ¡¡¡Oh!!! —chilló Tommy.

Agarró a Daniella del brazo y jaló de ella. Lauren los siguió, internándose en otro de los caminos.

Zozo estaba cerca y no era fácil deshacerse de él.

—Hay tres niños por aquí huelen a noches sin dormir. Uno es travieso, dos es indispuerto y tres está delicioso. —Eso fue lo que oyeron los tres como en eco sordo antes de internarse en el estómago de aquel dragón.

—Huele a huevos podridos. —Exclamó Daniella.

Tommy saltó varias veces.

—¿Qué haces?

—La señal decía algo de saltar, estoy viendo qué pasa.

Todo empezó moverse iban de un lado a otro.

—Para.

—No. Creo que iba así.

—Que pares que nos a matar.

—Con qué os voy a matar, ni que fuera Daniella y me fuera a sentar encima de vosotros.

Daniella se abalanzó sobre él. Pero Tommy la esquivó saltando de un lado a otro, por cada nuevo giro que daba saltando, parecía que se movían para ese lado. Daniella ganó perspectiva cuando lo siguió saltando y casi parecía que se movían más rápido, así que Tommy empezó a molestar a su amigo también. Y estuvieron los tres saltando. Daniella se hubo chocado varias veces contra las paredes mullidas y apestosas, al poco una voz resonó y los dejó mudos en el sitio.

—Ya está bien tanto saltar— Ya hemos llegado cerca de Über, no se me permite estar dentro de sus límites. ¿Unas últimas palabras? —Como tardaron en reaccionar se preparó para evacuarlos. La manera más óptima era vomitándolos y así fue cómo llegaron a Über llenos de babas de dragón de pantano—. Buenos días, tengáis.

Über era un lugar de ensueño. Enormes prados verdes hasta donde alcanzaba la vista, frondosos árboles y las más peculiares plantas que podáis imaginar, en cualquiera de sus tonos. Un enorme pantano separaba el inmenso valle repleto de pequeñas cabañas hechas de madera del castillo.

Castillo que no se parecía en nada a lo que a su entorno se refería.

Enormes torres puntiagudas formaban una vieja y oscura construcción típica de las peores pesadillas.

El cielo estaba completamente despejado, un sol radiante, excepto encima del castillo.

Las nubes negras escupiendo una intensa lluvia enmarcaban la fortaleza, sumiéndola en la oscuridad solo iluminada por las decenas de relámpagos que chocaban contra cada rincón del edificio.

La flora en ese lugar, una vez cruzado el pantano, estaba negra, como podrida.

Los tres chicos lo miraban con terror.

—No entraré ahí —Daniella rompió el silencio.

—Quizás no es ahí —dijo Lauren, pidiendo mentalmente que no lo fuera— Es en cualquiera de estas cabañas.

—Cabañas que parecen estar vacías —meditó Tommy.

—O sus habitantes escondidos, como haría yo —replicó Lauren.

—Normal que si me he criado ahí —Daniella señaló al castillo— haya huido.

—No, mi hermana dijo que se mudaron hace poco. Me refiero a tus padres.

—Ajá... —a ella le daba igual, ahora más que nunca tenía claro que no quería conocerlos.

—No podemos quedarnos aquí —sentenció Tommy.

—Yo voto con que sí nos quedemos aquí.

Tommy y Lauren se miraron y asintieron, cada uno la cogió por un brazo y la arrastraron hasta entrar. Daniella pataleaba, se cogía a lo que podía, gritaba, gimoteaba, los insultaba... Pero ellos seguían hacia delante.

Una vez dentro la soltaron un poco.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

—No sé, creí oír voces.

—Tú siempre oyes voces.

Los tres se miraron, estaban oyendo voces que hablaban de oír voces, ¿se referirían a ellos?

—Que me parta un cuerno, estas voces eran diferentes.

—Oh, ahora eres un experto en voces.

—No, no estoy diciendo eso.

—¿Entonces?

—Solo dije que oí voces.

Daniella se tropezó contra una piedra que sobresalía demasiado, y la tiró contra el suelo.

—¡Ah!

—¿Estás bien?

—No, ¿cómo quieres que lo esté? Alguien ha tirado mi lápida al suelo después de chocarse con ella.

—¿Alguien? Entonces las voces venían con cuerpos.

—Pues claro que deben de venir con cuerpo, los únicos que ya no los tenemos somos nosotros.

—No lo tendrás tú, yo aún no me convertí en polvo.

—Tiempo al tiempo.

—¿Para esto me obligáis a entrar?! —Daniella se había agachado a recoger varias piedras, y empezó a lanzarlas contra Lauren y Tommy— ¡Sois unos...! ¡Unos...! —estaba tan enfadada que ni siquiera era capaz de decidirse por un calificativo para insultarlos.

—Estate quieta —Tommy se había escondido detrás de Lauren y este intentaba esquivar los objetos volantes.

—¡Auch! —uno fue a dar cerca de la sien de Lauren y este comenzó a sangrar— ¡Para! — Daniella abrió los ojos, horrorizada, al verlo sangrar.

—¡Oh, lo siento! —tiró las piedras que le quedaban en la mano al suelo y se acercó a él— ¡Lo siento! ¡Lo siento! —ya solo sabía decir eso.

—Cállate —gruñó él.

—No te toques, se te va a infectar —ella se agachó y cogió una planta que le pareció la que su madre usaba cuando ella se hería.

Sin pensárselo, se la pasó a Lauren por la herida.

El grito de Lauren no fue humano.

—¿Quién grita así?

—No lo sé, pero no me gustan esas voces.

—Ni a mí, ya ni muerto y en su propia tumba puede uno estar tranquilo.

Los tres se miraron atónitos cuando vieron a un par de etéreos aparecer delante de ellos.

—Oh —dijeron los dos a la vez. Había uno que se sujetaba el cuerpo como podía y el otro le susurraba algo al oído, luego el otro asentía. Daniella quiso correr cuando el que no se retorció sobre sí mismo se abalanzó sobre ella.

—Por favor, golpea mi lápida también.

—Lárgate, fantasmón.

—¿Fantasmón, yo? Fantasmón, tú. Mi señora, os habéis encontrado un paladín muy patán, ¿o es

quién os lava las enaguas?

—Ena... ¿qué?

—Esas bragas tan bonitas que tienes— dijo Tommy divertido. Se ganó dos empujones.

—¿Bragas reales?

—Cien por cien, de calidad.

—Entonces no me engañaban mis ojos. ¡Golpead mi lápida, por favor! —Lauren iba a darle una patada a una lápida cualquiera—. Estate quieto, patán. Deja a mi prima Pancracia. Señora, aquella de allí es mi lápida.

Daniella miró la lápida que señalaba, cualquier cosa para que dejaran de hablar de sus bragas. La lápida estaba muy alejada tenía flores y un montículo de ropa o eso pareció ver.

Cada vez se acercaba más concentrada, decidida a acabar con aquella tontería. Se mordió el labio, cogió aire...

RUTH: Espera, ¿eso se puede hacer?

MONIKA: ¿El qué?

RUTH: Morderse el labio y coger aire después.

MONIKA: Creo que sí, yo al menos lo hice, Pruébalo.

...

...

RUTH: Vale, sí, continúa.

Se mordió el labio, cogió el aire, echó la pierna hacia atrás y se dispuso a golpear la lápida. Le dio tan fuerte que al rebotar (no sé de qué material estaba hecha la lápida, la cuestión es que rebotaba), salió volando para atrás, cayendo al suelo de espalda y, cómo no, golpeándose la cabeza.

—¡Grrr....!

Los dos seres tenían un ataque de risa, al cual se unió Tommy. Lauren, de nuevo, fue a ayudarla a levantarse.

—Ya os dije yo que tenía unas bonitas bragas —rio Tommy.

Daniella se cubrió como pudo cuando se notó el vestido hasta la cintura.

—Solo a ti se te ocurre vivir aventuras con un vestido, niña estúpida —le riñó Lauren— A ver si te enteras que existen los pantalones.

—Habrase visto... ¡Vestiré lo que me dé la gana!

Nuestra orgullosa protagonista rechazó la ayuda del caballero de blanca armadura para levantarse y, como dignamente pudo, no después de resbalarse varias veces y se golpearse sus rodillas, consiguió ponerse en pie.

El montículo de ropa se movió y se bajó la capucha que llevaba todo lo que pudo, vio que estaba con gente y se fue corriendo.

—Espera —gritó Daniella y corrió tropezándose hacia el montículo de ropa.

MONIKA: ¿Lo vas a seguir llamando montículo de ropa?

RUTH: Ajá.

MONIKA: Pfff...

El montículo de ropa sintió los golpes de Daniella y la esquivaba como podía. Corrían lentamente pero nunca llegaba Daniella a alcanzarla. Así que tuvo que ir detrás Lauren:

—No te muevas —le gruñó—. Puedo yo sola.

Suspiró y volvió con Tommy y los demás.

—¿Es Daniella, verdad?

—Ella es.

—¿Y sabéis a quién persigue?

—Tal vez sí, tal vez no. —Y se esfumaron delante de los dos chicos.

—Genial.

—¿Entonces hay que esperar a que la cace?

—Siempre podemos andar hasta ellas.

—Es posible que incluso andando lleguemos a cogerla antes.

Los dos amigos rieron.

Y así fue, llegaron a ella en un suspiro. Había logrado alcanzar al montículo de ropa y estaba

tumbada en ellos, boca abajo, dándole golpes con ambos puños cerrados.

—Cualquier día muero en uno de esos golpes —decía con la voz contenida por la rabia.

Y seguía y seguía y seguía...

—Ya está bien —Tommy la agarró por la cintura y la levantó, como si fuera una pluma. Y todos sabemos que no lo era, pero el chico lo hizo. Ignorando incluso la mirada de Lauren por tocarla. Ella seguía dando patadas en el aire cuando él la puso de pie y la agarró contra su torso— Solo es un montículo de ropa —le dijo en su oído—, ¿te has dado cuenta de eso?

Esperaba que esa simple apreciación la tranquilizara, pero estaba equivocado.

—Unicornios ducales, dragones, conejos, un asesino con capucha, murciélagos, fantasmas...
¡Esto no es un simple montículo de ropa!

Pero el montículo ya les sacaba demasiada distancia.

—Vale —Daniella inspiró profundamente —Acabemos con esto de una vez.

—O que empiece el show.

—No estás ayudando, Lauren —le recriminó su amigo y él se encogió de hombros.

Los tres juntos se acercaron a las enormes puertas de metal del castillo.

—Llegó la hora.

CAPÍTULO 6

Llegó la hora



—¡Auch! —Exclamó Daniella confundida después de abrir las puertas de metal somatizando la caída de la litera y golpeándose contra el suelo, se tocó la rodilla rojiza y la cara le dolía a más no poder.

—¿Se puede saber qué haces? —le apremió Lauren.

—¿Qué haces en mi cuarto?

—Abre los ojos, niña malcriada —le espetó Lauren.

—Oh, pensé... como llevaba mucho tiempo sin caerme de la cama... pensé que había vuelto a...

—Deja de pensar, te sienta mal.

Daniella hinchó sus mofletes y Lauren se los explotó.

—Bueno, ¿adónde vamos ahora? ¿Vamos a ir puerta por puerta? —Tommy trataba de hacerlos volver a la situación en la que se encontraban, echaba de menos estar en su árbol, tenía que dar de comer a su dragón...

—Pues... —se aventuró a decir Daniella, pero se quedó ahí al ver la gran cantidad de puertas que había. Por fuera parecía estar en ruinas, mientras que una vez dentro, todo estaba en buen estado. Las alfombras eran de terciopelo rojo y naranja, los adornos de la roca caliza eran delicados y tejidos a mano, los cristales de las ventanas tenían figuras de seres fantásticos, incluso... incluso había un unicornio rojizo con ojos azules amarillentos. Desvió la mirada— iug.

—Podemos hacer eso —dijo Lauren ignorando a Daniella— o caminar por el pasillo hasta que veamos a alguien.

—¡Yo quiero abrir puertas! —dijo Daniella entusiasmada, cualquier cosa menos seguir viendo aquel unicornio en la vidriera. Intentó asirse, pero no la dejaban moverse.

—Estate quieta.

—Déjame.

—Te caerás otra vez.

—No —Mientras Daniella protestaba y se movía furiosa Tommy la saltó y se llevó un porrazo tremendo contra la puerta—. ¿Ves? No puedes estar sola sin comerte nada. ¿Tanta hambre tienes?

Lo cierto es que sí tenía hambre, pero se mantuvo callada.

—¿Y pensáis echarlo a cara o cruz? Porque si tenéis el mismo acierto que con las señales anteriores, miedo me da —ella cambió el tema a algo más interesante y que le hiciera olvidar que en verdad estaba hambrienta.

—Lo dice la que se metió en un barrio de conejos... —ironizó Tommy.

—Empezaremos por la que esté más cerca —Lauren ya estaba junto a ella, llamando.

O al menos lo intentó, porque nada más acercar los nudillos a la madera, la puerta se abrió sola. Lentamente.

Daniella ya empezaba a recular. Pero Tommy fue más rápido, agarró su mano y la puso en la de Lauren.

—Ni se te ocurra soltarla —le ordenó a su amigo.

—Como si pensara hacerlo.

—Me estoy cansando de que me tratéis como a una damita en apuros.

—Creía que eso era lo que eras —Lauren empezó a jalar de ella para entrar en la habitación.

—Suéltame, cavernícola, no entraré. ¿No ves que no hay nadie y que la puerta se abrió sola? ¡Estamos locos todos! —con su otra mano intentaba deshacerse de él.

Le clavó las uñas con tanta fuerza que se partió una.

—Auch... —dos lagrimones le cayeron por las mejillas.

—Nunca aprenderás —Lauren cogió su dedo dañado y se lo metió en la boca para chupar la sangre.

—lug... —Daniella casi vomitó.

Y él aprovechó ese momento para meterla dentro de la habitación.

—No me gusta decir esto, pero quizás Daniella tenía razón y teníamos que haber salido corriendo —dijo Tommy cuando entró tras ellos y la puerta se cerró a su espalda.

RUTH: La habitación era bastante grande...

MONIKA: ¿Es ironía, no?

RUTH: No, ¿la ves?

MONIKA: Es un cuchitril, digno de hogar de Tommy.

RUTH: Pero si caben treinta Daniellas.

MONIKA: ¿La tomas como unidad de medida?

RUTH: Claro. Qué mejor medida que contar por Daniellas. ¿Crees que 30 Daniellas pueden balancearse en una tela de araña? Fijo que no, porque se golpearían todas,

MONIKA: No creo que ese sea el problema. Lo peor es que la araña huya al verla y la deshaga.

... ¿Qué es ese aparato de allí?

RUTH: Qué aparato. Yo solo veo toallas.

MONIKA: A ti te gustaría ver lo de debajo de las toallas, haz el favor de prestar atención. Eso que parece una cafetera gigante.

RUTH: Pues será eso, una cafetera gigante.

MONIKA: ¿Y para qué?, ¿para hacer café sabor niños? No tiene sentido.

RUTH: Tal vez, quiere hacer café con nosotras.

MONIKA: Lo hará contigo, que todavía te dejo sola narrando.

RUTH: Bueno, al menos sé que tú no me beberás.

MONIKA: Mmmm, no me da tanto miedo la "cafetera" como los lugares por los que tienen que pasar antes de llegar. ¿Saldrán sin un rasguño?

RUTH: Daniella no, se los llevará todos. Tommy y Lauren estarán ilesos. Tienen un escudo maravilloso.

MONIKA: Y a esto que Daniella, al acercarse a las baldosas resbaladizas, claro que ella no sabía que lo eran y que cambiaban de sitio, dejándola a la pobre malherida en el suelo casi abierta de piernas, se llevó el primer golpe. Llevándose por supuesto a Lauren, pues iban de la mano.

RUTH: Peor lo tenía Tommy, que sus baldosas desaparecían y lo dejaban volando sobre una, incapaz de moverse hacia ningún lado, porque solo le quedaba cerca vacío.

MONIKA: Y así estaban, uno volando, intentando mantener el equilibrio y los otros dos desparramados en el suelo mientras luchaban por ponerse de pie.

RUTH: Cierto, Daniella llorando y hablando con alguien más que no era Lauren ¿será aquella vocecita? ¿Sería Jürgen? Les tiraré una cuerda. Oh, vaya le azoté la cara a Lauren. Espero que no me guarde rencor.

MONIKA: ¿A dónde está agarrada la cuerda?

RUTH: A la lámpara del techo. Si se cae, es por culpa de la gorda.

MONIKA: Cuando diga tres, dile a Tommy que alargue su mano izquierda.

RUTH: No me escuchará.

—Chilla, lo hará —la voz

RUTH: ¡Niño, alarga la mano!

Tommy alargó la mano y se agarró a la cuerda sorprendiéndose. Los tres se balancearon en ella.

—No creo que esto aguante, chicos —dijo Daniella, y en cuanto lo hizo la lámpara de araña cayó.

—¡Serás bocazas! —Gritaron los dos.

Los tres cayeron al suelo. Tommy temió caer al vacío existencial, Lauren temió por sus vidas, pero Daniella no se preocupó en absoluto estaba convencida de que, al tocar el suelo, volvería a su cuarto, recién caída de su litera. Pero no fue así, para ninguno. La habitación como si tuviera vida propia cambió completamente, estaba inundada por trece nubes rosas, los tres se quedaron boquiabiertos. Lauren en su estado de estupefacción no pudo reprimir el impulso de Daniella de echarse encima de una nube que pasaba cerca de ella, así que los dos se tiraron encima. De la nube salieron polvos.

—¡Azúcar! —rio ella.

—No comas de eso —le obligó a echarlo.

—Déjame.

Tommy puso los ojos en blanco y observó la habitación. Aparte de las trece nubes no había mucho más, las paredes, el suelo al que le tenía mucho respeto. El techo, las lámparas... todo normal. Se puso a palpar las paredes y todo a su alrededor, después de todo él vivía en un escondite. Lo mismo había otro escondite, nada.

—Deberíamos salir.

Tommy como era el más cercano probó a por la puerta, pero no lo logró.

—Hay que hacer que llueva.

—¿Cómo vamos a hacer que llueva? —Daniella no quería que lloviera, le gustaba estar ahí, al menos estaba a salvo.

—¿Con quién hablas?

—Con la voz.

—¿Qué voz?

—Una voz, Lauren. ¿No la conocías?

—Esta niña está loca —rio Tommy.

—Ajá, lo dice quien está conmigo volando en nubes de algodón rosa —el comentario de Daniella lo calló.

—Tienes que hacer que llueva —repitió la voz.

—¡Que no puedo hacer eso!

—¿¿Qué no puedes hacer qué?! —Lauren estaba nervioso ya, tanto rosa y tanto azúcar lo estaba poniendo enfermo.

—¡Qué llueva! ¿Cómo voy a hacer que llueva?

—Claro, ¿cómo vas a hacer tú lo que debes? —el tono de hastío de Lauren la cogió por sorpresa.

—Lauren... —advirtió Tommy. Se reía mucho con Daniella y le había cogido cariño, no iba a permitir que Lauren pagara su mal humor con ella.

—Niña, malcriada. Tenía que haberte dejado allí sola. No sé para qué te ayudé. Solo me has traído problemas.

—Cállate, amigo o te comes mi puño.

—Que me calle... ¡¿Qué me calle?! ¡Estamos en esto solo por la estupidez de una niña malcriada que no es capaz de permanecer quieta sin meterse en problemas y fastidiar a todo aquel que tiene a su alrededor!

Y Daniella, sin poder evitarlo, lloró.

Y llovió, haciéndolos caer al suelo.

Tommy sonrió satisfecho.

—¿Por qué sonríes?

—Ha llovido, ¿no? Es fácil picaros para que hagáis según qué cosas. —Desvió el puñetazo de Lauren a tiempo—. Creo que olvidas quién soy— dijo con retintín.

—¿Y quién eres? —Preguntó Daniella curiosa sorbiéndose los mocos.

—¿Recuerdas que el primer día que me viste por primera vez escapaba de algo? —Daniella asintió— Escapaba de unos guardias.

—Siempre escapas de guardias.

—Cierto, siempre quieren cogerme y aunque lo hagan siempre logro escaparme. Zozo no es el único mal de Wald, tal vez ni el peor, aunque sí el más pesado. Hay otros peligros, sobre todo para seres como yo.

—¿Seres como tú?

—Tengo poderes mágicos, Daniella.

—¿Puedes sacarnos de aquí? Puedes hacerlo y luego ya dirás explicaciones.

—No puedo, aquí también hay magia hecha. Y no sé exactamente cual, si lo supiera tal vez, podría hacer algo. Pero hacerlo a la ligera podría matarnos a todos. Me perseguían para experimentar conmigo, para lavarme el cerebro y que les poseyera, como una mascota e hicieran conmigo todo lo que quisieran. Pero escapé.

Una luz verde iluminó la habitación y dejó de llover.

Los tres se quedaron mirándola, curiosos.

—¿Estamos en una cocina? —no os puedo decir si Daniella exclamó, gimió o qué fue lo que hizo. Pero me hago una idea al escuchar cómo, de repente, los tres estómagos rugieron.

No era demasiado grande.

RUTH: Depende lo que entiendas por grande.

MONIKA: No quieras saberlo...

Decía, no era demasiado grande, pero estaba equipada absolutamente con todo.

Una enorme cafetera estaba en el centro de la isla central, junto a todo lo necesario para un desayuno perfecto.

—Comida —dijeron los tres a la vez, con los ojos brillantes por la excitación.

RUTH: Muy fácil veo yo esto.

MONIKA: Y yo. Algo raro hay.

RUTH: Mmm...

Tommy corrió y se acercó al refrigerador e intentó abrirlo.

Imposible.

Sujeta con un imán, una nota.

Almas + café: alimentos.

—¿Eh? Chicos, tenemos un problema —Tommy llamó la atención de los otros dos, quienes se acercaron rápidamente.

—¿Almas + café? —Lauren resopló— Otro jeroglífico no, por favor.

Daniella estaba a punto de desmayarse.

—No sé qué son esas almas, pero prometo que las traigo de los pelos si hace falta.

—¡Eso es! ¡Eres una *genia*! —gritó Tommy.

Agarró a sus compañeros y salió disparado en busca de las dos almas.

Salieron afuera.

—Oh, estamos fuera, pero el desayuno está dentro. Quiero comer —Daniella trató de volver a entrar. Tommy le hizo una seña a Lauren y este la agarró.

—Qué tramas.

—Ahora lo verás.

Empujó la puerta de metal y salieron a las bellas vistas de fuera.

—Vaya, ¿y ese montículo de ropa?

—Qué más da. Lauren tráela a la lápida

Lauren sin entender nada la llevó.

—Písala.

—No voy a pisarla —Lauren la subió encima de la lápida— Suéltame, suéltame. No soy ninguna muñeca con la que puedas jugar a tu antojo.

—Para empezar no jugaría con muñecas...

—Qué extraño, no ha surtido efecto —dijo ignorándolos— Lauren, golpéala tú.

Lauren golpeó la lápida y Daniella cayó con el tembleque al suelo, nadie se inmutó por ella. Pero un fantasma salió.

—Quieto, patán. Me la vas a destrozar...

—Buenos días —Le interrumpió Tommy— lamento haberlo importunado. ¿Pero os importaría a ti y a su amigo acompañarnos adentro? A ella le gustaría mucho.

—Que a mí q...—Lauren le tapó la boca con la mano.

El fantasma pensó detenidamente, luego llamó a su amigo.

—Oh, si a ella le gustaría no hay ningún problema —espetó.

Y así fue cómo se hicieron con dos almas, que al ver el café no pudieron reprimir sus ansias de tomar una taza, olvidando que eran espectros.

CAPÍTULO 7

Clara y la silla de ruedas



—Daniella, por favor, deja eso.

—No, Tommy, a saber cuándo vamos a comer otra vez.

Estaban otra vez en mitad del pasillo central. Habían comido hasta reventar, pero nuestra protagonista había cogido un enorme saco de una de las despensas y lo había llenado de comida.

—Si muero, moriré entre comida —les había sonreído cuando ambos le preguntaron qué hacía.

Lauren no solo tiraba de Daniella, quien intentaba jalar el inmenso saco, si no que terminaba doblando la fuerza y jalando del saco él también.

—Me vas a hacer daño, so' bruto.

—Pues suelta la comida.

—Ni en broma.

Sudando los tres... Sí, porque Tommy sudaba por lo que le estaba costando andar con el estómago a punto de explotar, se pararon a observar las restantes puertas.

—¿Y ahora?

—No lo sé —respondió su amigo—, justo la de al lado.

Y así estuvieron varios minutos, abriendo una tras otra.

Todas vacías.

Hasta que llegaron a una puerta roja, completamente diferente a las demás.

—No me gusta el rojo —se quejó Daniella— Yo me quedo aquí afuera cuidando la comida. Fueron sus últimas palabras antes de entrar a la fuerza en la habitación.

Dejando la comida fuera, claro.

Los chicos se quedaron boquiabiertos al ver aquella sala, Daniella no, ella estaba ocupada tratando de abrir de nuevo la puerta, pero no parecía querer hacerlo nunca más.

Había una muchacha en el centro de la habitación, de espaldas a ella. Se peinaba con una raspa de pez. Parecía no haberse dado cuenta de que entraron, los chicos se miraron sin saber qué decir. Daniella de pronto chilló histérica. Y la chica que estaba de espaldas paró de cepillarse el pelo.

—Menudos pulmones tiene —dijo la muchacha— Debe de ser un poco engorroso ir con ella. Así que o sois hermanos los tres, o menudo fastidio os debe de suponer.

En ningún momento se dio la vuelta ni los miró. Daniella no se percató de ella siguió en su batalla contra la puerta. La muchacha chasqueó los dedos y la puerta desapareció de la pared.

—No me gusta que me ignoren y tampoco que dañen mi puerta de formas tan... poco condecorosas...

Daniella, al dar por perdida la batalla con la puerta, se dio la vuelta y se quedó petrificada. Le duró un segundo. Instantáneamente apareció al lado de Lauren.

Lauren la cogió de la mano y le dio un codazo Tommy, instándole a hablar.

—No soy yo quien debe presentarse —adivinó la muchacha. Cogió su pelo y comenzó a trenzárselo— Más bien sois vosotros quienes debéis decirme por qué alteráis mi calma.

—Creo que nos equivocamos de puerta.

—Tiempo sin saber de ti, Tommy, ¿qué te trae por estos lares?

Nuestro muchacho arqueó una ceja.

—Si tan inteligente eres para conocerme cuando yo no lo hago, ¿por qué no me lo dices tú misma?

Una risa cantarina salió de la garganta de la muchacha rubia.

—Me gustaría que me lo dijeras tú. Al fin y al cabo, juraste no volver más por aquí.

—Yo jamás estuve aquí —la interrumpió.

—¿Seguro, Tommy?

Se dio la vuelta, silla incluida, dispuesta a dar la cara.

Tommy se quedó inmóvil con los ojos muy abiertos. Daniella, la que no se callaba, habló:

—¿Y tus piernas? —Lauren como si su brazo fuera una correa la retuvo pues parecía querer ir a tocar, acariciar o a saber qué.

—No lo sé —se encogió de hombros. Desafió a Tommy con la mirada que aún estaba lejos, entre sus recuerdos.

—¿Cómo que no lo sabes? Una no despierta un día y descubre que sus piernas se fueron de marcha sin ella. Ni nada por el estilo—. Puso el brazo libre que tenía en jarra.

La muchacha bostezó, dando a entender que le aburría lo que decía Daniella.

—Tommy... —le dijo después entre pucheros.

—Nunca he estado en este lugar antes...

—Esto es Wald, Tommy. Y qué si los sitios cambian de lugar, lo juraste allí estando aquí, así que juraste no volver aquí.

—Tommy, ¿quién es?

—¿Habéis sido novios? —le preguntó Daniella, provocando que rompiera el peine de esqueleto de pez y le tirara los pedazos a la cabeza.

—Es la princesa... la segunda princesa de Wald.

—Oh —dijo Lauren recordando vagamente cosas que le había contado su amigo.

—Querrás decir que lo era, después de esto —señaló sus pies, o su falta de ellos— ya no soy más que un estorbo para todos.

—No pueden quitarte lo que te pertenece por derecho.

Ella rio amargamente.

—No hizo falta, Tommy, renuncié.

Él enarcó las cejas, incrédulo.

—Eras la heredera al trono. La princesa sigue sin aparecer. ¿Quién, si no, está reinando?

La pregunta la pilló por sorpresa.

—¿Tan escondido estás en tu mundo que ni siquiera eso sabes?

—Hay cosas que prefiero no saber.

—No me entero —se quejó Daniella y se llevó un fuerte apretón en la mano de Lauren para que se callara— Auch...

—Ese día me condenaste —le reprochó ella.

—Yo no tuve la culpa, intenté salvarte —su voz, con rabia contenida.

—Y quizás lo hicieras, pero condenaste a Wald —la princesa respiró profundamente— Él está en el trono.

—¿Quién es él? —interrumpió Daniella.

Tommy solo sabía negar con la cabeza, eso no era posible.

—¿Te queda alguna duda después de ver este castillo?

—No puede ser...

—¿Quién?! —nuestra protagonista y su sentido de la paciencia.

—Zozo. —el nombre lo dijeron los otros tres chicos a la vez.

Daniella sintió un escalofrío. Cómo era posible que un ser que ni siquiera estaba segura lo que era, estuviese reinando todo aquel mundo. Aunque claro, un unicornio era duque, una princesa estaba sin piernas, otra por lo visto estaba desaparecida, después de todo no parecía tan loco que un ser tan malvado fuera el que manejara todo aquello.

—¿Por eso no tienes piernas? —Musitó Daniella, aquello le garantizó otro apretón de manos— Auch. Bruto, que me haces daño, ¡para! —Y le mordió la mano para liberarse, lo cual le funcionó maravillosamente.

La princesa la miró con asco, ¿de dónde narices había salido una niña tan insolente? Luego apartó la mirada, no iba a perder saliva con alguien como esa.

—¿De dónde viene Zozo? —Se preguntó para sí misma, aunque nadie pareció echarle alguna cuenta—. Porque tiene que venir de algún lado. No puede venir de la nada. Tendrá padres... Aunque sabiendo cómo es... es posible que él mismo haya acabado con ell...— sintió de nuevo escalofríos— Pero de todas formas habría venido de algún lado. Si yo no soy de allí, sino de aquí...

—... No fue mi intención, Valeria —Exclamó Tommy, parecían tener una discusión muy violenta, mientras nuestra protagonista parecía tener un momento muy filosófico.

—... pero tengo familia, después de todo...—siguió diciéndose Daniella.

—Las intenciones me las traen al paio, ¡mira cómo estoy!

—¡¡Pues no lo entiendo!! —chilló Daniella dejándoles callados a todos.

—Qué no entiendes, a ver —Lauren se cruzó de brazos y la miró— Valeria era la segunda sucesora al trono porque la primera estaba desaparecida...

—No me toques la moral, neandertal —le clavó un dedo en el pecho— Sabes bien de lo que estoy hablando —iba subiendo el volumen a medida que hablaba y su tono de enfado era cada vez mayor — Zozo, el enigmático Zozo —Lauren empezó a retroceder, en parte por el dolor que ya estaba sintiendo y en parte porque, bueno, le estaba dando miedo la expresión de rabia en su cara— Llevo no sé cuántos días en este bosque, sin saber qué hago aquí, huyendo de toda clases de bichos y de un asesino que, además, ¡me persigue! Así que haz el favor...

—¿No eres de Wald? —interrumpió la princesa.

—¡Pues claro que no! —Exclamó Daniella olvidando a Lauren y acercándose a Valeria— ¡Ni siquiera sé por qué estoy aquí! Aparte de que estos dos niños de Cromañón...

—¡Se acabó! —gritó Tommy, no iba a dejar que Daniella contara nada sobre ella, no iba a volver a confiar en Valeria.

—Continúa —le rogó la princesa.

—Ella está mal de la cabeza, ni caso —sentenció Tommy, agarrándola de nuevo de la mano y haciéndola callar.

—¡Quieres dejarme la mano ya! ¡No tenías bastante con ponerme un anillo en el dedo que también te apropias de ella!

—Cállate...

—No me da la gana, estoy cansada de cómo me tratáis, no me call...

Tommy sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo puso en la boca cual mordaza.

—Problema solucionado —suspiró.

—No la toques.

—Oh, señor...

Después de un silencio de unos segundos, Lauren se volvió hacia su amigo:

—Oye, ¿no deberíamos salir de aquí?

—Sí, pero ella moverá la puerta adónde le dé la gana.

—En efecto —dijo la (ex)princesa, y cambió la puerta para ponerla en el techo—. Por lo tanto, si queréis salir de aquí, será cuando a mí me dé la gana. ¿Entendido? Aunque bueno, tenerte tanto a la vista, Tommy, me está dando úlcera... qué podría hacer contigo... oh, ya sé. —Chascó los dedos y Tommy fue encarcelado en una jaula, los volvió a chascar y se quedó prendido en el techo.— Oh, así está mucho mejor. Y qué podríamos hacer con el otro cromo... para que podamos hablar de cosas interesantes nosotras...

Daniella tragó saliva.

—Podríamos subirlo arriba o podríamos bajarlo abajo. Podría convertirlo en algo... ¡Ya lo sé!— Chascó los dedos y Lauren se transformó en unicornio. La (ex)princesa rio divertida, mientras daba palmas. Daniella lo miró, al menos no era pelirrojo, pero le daba cierto repelús ver un caballo de esos con los ojos ligeramente achinados.

Pero no puedo evitar que se le escapara una risa.

—Te lo mereces —lo miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Tu nombre?

—No lo digas —volvió la voz.

—¿Eh?

—Quizás necesitas estar cómoda —suspiró Valeria. Chasqueó los dedos de nuevo y Daniella apareció sentada en una cómoda butaca— ¿Mejor?

Nuestra protagonista asintió con la cabeza.

—Te preguntaba por tu nombre, querida —eso de querida ya no le gustaba a Daniella, iba a vomitar.

—No lo digas —repitió la voz.

—¿Mi nombre dices? —intentando pensar...

—Claro —le sonrió, una sonrisa falsa, pero la princesa intentaba ser amable. Todo por conseguir la información que quería.

—¡Bájame de aquí! —chillaba Tommy.

Lo siguiente fue un chasquido de dedos y una cremallera cerrada en los labios de nuestro chico. Lauren, o el unicornio, se acercó a Daniella e intentaba hablar, pero solo le salían sonidos de unicornio, claro.

—¿Y bien?

—Clara —dijo nuestra chica asintiendo con la cabeza— Mi nombre es Clara.

Muchas luces no tenía la pobre, pero fue lo que se le ocurrió al ver a la princesa sin pies en una especie de silla, que se acordó de Heidi.

—Bonito nombre tienes, Clara.

—Gracias —dijo preguntándose si “Daniella” le resultaría bonito.

—Ni se te ocurra preguntárselo —volvió la voz.

Suspiró Daniella.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué suspiras?

—Lo siento, estoy un poco cansada. Después de todo lo que hem...—escuchó al unicornio hacer sonidos unicorniales de protesta— he comido.

—Oh, ¿te apetece echarte una siestecita? —una sonrisa tenebrosa se adueñó de su cara—. Aunque tengo por aquí un brebaje, que quizás pueda quitarte el cansancio...

Se puso a rebuscar entre sus objetos.

—No ingieras nada de lo que te dé —De nuevo la voz. Daniella le dijo entre pensamientos, que no podría ni, aunque quisiera, ya que era pensar en comida en esos momentos, y era venirle las arcadas— quizás el vómito sí sea buena idea... aunque podría convertirte en otro unicornio, o quitarte las piernas... — Daniella se sintió extraña, le daba la impresión de que su voz particular, la que le seguía como un perrito faldero se bifurcaba a veces en dos.

MONIKA: Eso es...

RUTH: ¿Qué es?

MONIKA: Eso es porque es una voz un poquito es especial, ea.

RUTH: Ajá.

—No, gracias. No hace falta que lo busques. Aunque me gustaría, si no te importa, que bajaras... la puerta. No llego a ella desde aquí.

—¡Serás asquerosa, Clara! —Intuyó que decía Tommy con la boca cerrada.

Valeria rio, en el fondo esa chica le caía bien. Bueno, tanto como eso no, pero era tan ingenua que le había gracia.

—¿Y siempre estás aquí, sola? —se aventuró Daniella a preguntar.

—No estamos hablando de mí —frunció el ceño.

—¿Por qué no? Tu vida es más interesante que la mía —se encogió de hombros— Yo, aparte de pegarme golpes y aguantar a estos dos, no tengo nada que contar.

—No creo eso.

—Oh, pero es cierto. No hago otra cosa que caerme. Mira —se levantó la falda y enseñó sus rodillas moradas— Y esto no es nada...

—¡Tápate!

—Oh, no pasa nada, de verdad —Daniella se levantó para enseñárselas más de cerca— Toca, te aseguro que aún duelen, me oirás chillar.

—¡Que te tapes!

—¿Por qué? —agachó la mirada para vérselas ella misma— Solo son unas piernas —miró de nuevo a la princesa, quien estaba roja como la grana.

Apartó la mirada al otro extremo de la habitación, tratando de calmarse. Daniella sin pensarlo, se sentó encima de ella.

—Pero, ¿qué haces?

—¡Cómo duele sentarse! ¡Auch!

—Levántate.

—Cuando bajes la puerta.

La princesa suspiró.

—Está bien.

—¿La bajarás?

—Sí.

—¿Me dejarás irme?

—Sí. —Dijo con un suspiro.

—Gracias. —Dijo Daniella cuando bajó la puerta.

Valeria de pronto se puso a llorar.

—Soy horrenda, desde que no tengo piernas nadie me quiere. Mi familia se rehusó de mí, y me dejó aquí tirada, nunca nadie me visita y para cuando por fin alguien entra, quiere irse y no quiere hablar conmigo. —Daniella se quedó quieta.

—No le hagas caso —volvió la voz.

Pero está cerca la puerta, puedo irme; pensó.

—No te dejará irte tan fácilmente, además piensa qué pasaría si dejas a Tommy y a Lauren detrás —Daniella gruñó.

Entonces qué quieres qué haga, volvió a pensar. Pero no obtuvo respuesta.

Mientras tanto Tommy trataba por todos los medios que Lauren le echara cuentas, pero no paraba de rebuscar por la habitación, como si se le hubiera caído algo. Hasta que pareció encontrarlo, porque su amigo empezó a hacer un baile unicornial muy extraño. Le daba morrazos a algo, algo que desde la altura en la que se encontraba él, no podía saber de qué se trataba. Eran un bote. Lauren contaba con que nuestra intrépida protagonista siguiera hablando con Valeria, que la distrajera, que la hiciera llorar en su victimismo. ¡Ese unicornio estaba tramando algo!

Cuando estaba lo suficientemente cerca estalló el bote con una pata, y aún a riesgo de que también le afectara a él, se quedó allí para ver que le hiciera efecto. Y lo hizo. El bote que había roto, era el que Lauren se había llevado del baúl de su amigo, el bote que contenía miedo. Y ahí estaba la princesa Valeria temblando de miedo, alucinase lo que alucinara, le estaba dejando el pelo totalmente cano, y mientras más gritaba de espanto, la magia que había efectuado, se estaba deteriorando. Así que Tommy se había librado de su mordaza, la jaula había desaparecido y logró caer al suelo, sujetando a su amigo que temblaba, pues también le había surtido efecto.

Tommy, Lauren y Daniella salieron por la puerta hacia el pasillo por fin.

CAPÍTULO 8

La Zozombra quiere jugar



Los tres estaban de nuevo en el pasillo central del castillo. Tommy con sus manos apoyadas sobre sus rodillas, respirando pesadamente. Daniella había localizado el saco de comida y fue a por él, tanto estrés le daba hambre. Y Lauren...

Bueno, él estaba sentado en el suelo, con las rodillas sujetas y la cabeza entre ellas.

Llorando.

—Murió —gimoteaba.

—¿Quién? —preguntó Tommy, Daniella empezó a arrastrar el saco de comida hacia sus amigos.

—Le fallé, no pude salvarla.

—¿A quién?

—No me lo podré perdonar nunca...

—Tranquilo, Lauren, es la pócima —se agachó, sin atreverse a tocar a su amigo, pero el pobre seguía temblando.

—La echaré de menos.

—¿A quién?

—A Daniella.

Tommy no pudo evitarlo, rompió a reír.

—Claro que no —dijo ella— Te salvé yo a ti, neandertal —pero le habían afectado demasiado sus palabras.

Lauren levantó la cabeza y la observó. Segundos después, cuando pareció volver a la realidad, se levantó corriendo y la agarró de la mano.

—No vuelvas a soltarte, niña malcriada. —intentó sonar todo lo severo que pudo, pero el alivio no ayudó.

—No sé qué tienes con mi mano, pero te la regalaré —ironizó ella.

Tommy los miraba divertido. Él tampoco entendía qué pasaba ahí, pero le entretenía.

—Oh, pero qué estampa tan bonita.

Los tres miraron a la derecha y vieron al mismo demonio bajando la escalera.

—Zozo...

¿Cómo era posible? Los tres empezaron a andar hacia atrás sin apartar la mirada de él. Ni siquiera había venido cantando su estúpida cancioncita, pensó Tommy. También se percató de que no llevaba el hacha, ni aquella muñeca vudú, pero se parecía mucho a él. ¿Sería un imitador o una trampa?

Tommy daba vueltas entre sus pensamientos, pero nada de lo que estos le decían tenía sentido, de hecho, podrían tener todo el sentido del mundo, solo que le faltaba un pedazo para completar el puzle.

—Tommy... —susurró Daniella, estaba aterrada.

Zozo reía secamente hasta que vio cómo una lágrima de Daniella se deslizaba lentamente, en ese momento, todo pareció ir a cámara lenta. Zozo cogió velocidad y pasó al lado de Tommy sin llegar ni a rozarlo, y luego sujetó a Daniella, arrebatándosela a Lauren de su mano, llevándosela consigo a saber dónde, no sin antes susurrar en su oído: “No deberías desperdiciar lágrimas por mí, tú misma me lo prometiste y las promesas no se deben de romper. Eso fue algo que tú también me prometiste”.

Zozo la llevaba en brazos a toda velocidad, salió del castillo y voló hasta entrar en la torre más alta. La depositó en un pequeño sofá y se arrodilló frente a ella.

—Mírame, Daniella.

—No —gimoteó. No quería abrir los ojos, no quería ver ese rostro. No había sido capaz de definirlo en la oscuridad de antes y a saber con qué se encontraría.

—Por favor —cogió su cara entre las manos y le quitó los pelos de la cara.

Ella seguía tapándose los ojos con las manos.

—No tienes que temerme.

—Míralo —la voz...

—Tengo miedo.

—¿De mí? Jamás te haría daño. Fuiste tú quien me lo hiciste al marcharte.

El miedo de Daniella se estaba convirtiendo en enfado.

MONIKA: Iba a decir cabreo, suena mejor, pero no sé si es un término que se conozca bien.

RUTH: Como si no dijeras lo que se te da la gana siempre y me hicieras a mí buscar sinónimos fáciles.

MONIKA: También es verdad. Por cierto, me enamoré de Zozo.

RUTH: (ojos en blanco)

El miedo de Daniella se estaba convirtiendo en enfado. ¿Por qué la culpaban a ella de desaparecer? Ni que lo hubiera hecho queriendo. Incluso así no tenían que culparla de nada. Malvados habitantes de Wald. Ya se cansó, iban a conocer el genio de Daniella.

Se durmió.

Zozo se quedó mirándola estupefacto.

—¿Hola?

Le echó una mantita por encima y la dejó descansar. Pensó que habría tenido un día duro. Así que tampoco la iba a forzar, él solo quería tener a su vieja amiga de vuelta. Por eso, para tratar de hacerla recordar, la había llevado al sitio donde se conocieron, aunque ya estaba algo destruido por razones que ahora no vienen al caso.

Se quedaron así por una media hora. Luego Daniella se despertó, se desperezó y dio un brusco vuelco en el sofá que casi la tira fuera. Ahora ya sabemos por qué se cae siempre de la litera.

—He tenido un sueño muy curioso, ¿Lauren, Tommy? ¿No está muy oscuro aquí?

—Buenos días, Daniella.

Daniella cerró los ojos. No había sido un sueño, no quería verlo.

—¡Desaparece, desaparece! ¡Kistamo!

—¿Kistamo? —lo escuchó reírse a carcajadas.

—Daniella, abre los ojos —siguió insistiendo la voz.

El sofá se movió de repente como si una manada de topos corriera debajo de él. Aquello hizo que Daniella se quitara las manos de los ojos y viera una mancha negruzca y humeante aparecer delante de ella.

¡La zozombra!

Daniella tembló, ¿qué era aquello? ¿Con eso la despedazaría? Vio como Zozo le acariciaba la cabeza esquelética que tenía como si fuera un perrito.

RUTH: ¡Bestia oscura y fétida,
de la noche no escapaste,
lúgubre es tu semblante
de hielo tu cuerpo
y aunque humeante aparezcas
eres sólida como el yelmo!

Tu nombre causa escalofríos
fuiste creada de las penurias de un loco,
el tirano que mueve todo a su antojo;
quien quiere ver todo arder
mientras teje, el jersey pierde hilos
y desviste a todo ser.

MONIKA: Si no la ponías reventabas, ¿verdad?

—Daniella, no me temas, por favor. Te he echado tanto de menos...

Ella hizo el esfuerzo de luchar contra su miedo y lo miró a la cara. Frunció el ceño (soy muy pesada con esta expresión, pero no sé cómo decirlo).

—No puedo verte la cara.

—No, no lo harás hasta que realmente me perdones, dejes de temerme y desees verme.

—Oh —pues no lo entendía— No te temo —se hizo la dura. Otra cosa no, pero a valiente... ya sabemos.

—Ojalá fuera cierto, princesa.

—No soy una princesa.

—Siempre lo fuiste para mí, pasara lo que pasara.

—Estoy cansada de que todo el mundo me hable en clave —se levantó del sofá y no sabemos con qué se tropezó. La cuestión es que trastabilló, su cuerpo perdió el equilibrio y ella cayó para adelante, encima de la zozombra quien salió despavorida. Así era nuestra chica, asustaba a cualquiera.

—Pensé que lo patosa lo perderías con la edad —rio Zozo.

—Son las cosas que suelen estar en medio —se levantó muy digna y se alisó el pelo y el vestido.

Por cierto, estaba deseando darse una ducha. Que no sé si lo notasteis, pero desde que entró en Wald no se había bañado. Entre olor a conejos, estómagos y vómitos de dragones... entre otras cosas... Ya me diréis.

—¿Recuerdas esta habitación?

Daniella miró alrededor. Era un dormitorio enorme, lleno de juguetes de madera. El suelo estaba tapado con diferentes alfombras de colores, simulando el arcoíris.

Caminó por la estancia, observando cada detalle, tocando cualquier cosa que pudiera hacerle recordar.

Pero...

—No —suspiró— Nada me es familiar.

—No te preocupes —Zozo ya estaba a su lado— Todo a su tiempo. Lo recordarás.

—¿Y si no lo hago? ¿Y si no soy yo a quien buscáis?

—De eso no tengo ninguna duda, princesa.

Ella se encaminó a la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó él a la vez que le cortaba el paso.

—Lauren y Tommy estarán preocupados, tengo que ir con ellos.

Eso no le gustó mucho a nuestro malo malísimo convertido en todo un amor ahora mismo.

—No los quiero cerca de ti, eso no ayudará.

—Son mis amigos.

—Y mis enemigos.

Daniella se cruzó de brazos, terca.

—No colaboraré si no los tengo cerca.

Zozo resopló, seguía siendo igual de cabezota.

—No llegarás a ellos andando.

Daniella abrió la puerta, era cierto, andando no podría llegar y además no sabía nadar, ¿o no era agua lo que veía? Cerró la puerta y empezó a refunfuñar.

Zozo abrió un armario y sacó un frasco de cristal.

—¿Quieres?

Daniella enarcó una ceja.

—Que si quiero, qué.

—Galletas, las he hecho yo mismo. —Levantó la tapa— La zozombra dice que ya me salen mejor.

—¿La qué?

La zozombra se movió entre los pies de Zozo y este la señaló.

—A ella no tienes por qué recordarla. La creé después de marcharte. Me sentía tan solo, no tenía con quién jugar.

—¿Y por eso te dedicaste a secuestrar y a quién sabe qué hacer con esos pobres niños?

—¿Qué? —Soltó un gallo.

—Oh, ahora me dirás que nunca secuestrabas niños y que no me querías cortar en cachitos con esa hacha que lo tendrás por ahí guardado... tanto el otro día en los Alpes o aquel otro antes de ser vomitada por un dragón...

—Yo nunca he secuestrado niños...

—Claro, porque yo vine aquí por mi propio pie.

Zozo dejó el frasco en el suelo a buen recaudo y luego con los brazos cruzados y temblando empezó a hablar bajito:

—No puede ser, ¿te he secuestrado? Yo solo quería que me recordaras. Tampoco te veía muy puesta en venir conmigo. Siento mucho haberte secuestrado, Daniella. Pero más siento el dolor y el sufrimiento de tu corazón, sumada a la confusión de quién soy y no soy. La primera vez que te vi, desde que volviste a pisar Wald fue en una choza pequeña donde vive una anciana pasando por un río. No me gustan las armas, Daniella. ¿Por qué iba a usarla, pudiendo usar la magia?

—¿Me preguntas eso a mí? —ahora fue ella la del gallo— Aparezco un día en estas tierras, vuelvo a casa llena de moratones. No es que no me los dé allí pero no viene al caso —hizo un gesto desechando el tema y empezó a caminar por la habitación— Un Duque unicornio quiere casarse conmigo y se presenta en mi casa, la Real digo —se tropieza con un caballito de madera que cae al suelo y se rompe—. Mi padre cocina. Sí, no pongas esa cara, yo tampoco lo entiendo. He sido criada de unos conejos —una pelota en medio y Daniella al suelo— He estado en el estómago de un dragón que me vomitó —continuó mientras se levantaba— Una princesa sin pies casi me mata... —inspiró fuertemente— ¿Y tú me preguntas eso? —puso los brazos en jarra y lo miró.

Él no decía nada y Daniella iba a explotar cual cafetera.

—Sí —dijo finalmente.

—¡Estáis todos locos! ¡Quiero irme a casa!

—Estás en casa.

—A esta no, quiero caerme de mi litera —gruñó.

—Oh, pues te haré una.

—Me harás una.... Grrrrr —golpeó algo y acabó en el suelo llorando por el dolor. —Por favor, trae a Lauren.

—Puedo hacerte un Lauren. —Dijo y suponemos que sonreía, pero como tenía la cabeza tapada por una capucha, que no por un saco, era bastante difícil de asegurar—. Está bien, lo traeré. Y no te preocupes, mientras estés aquí, no correrás ningún riesgo. Zozombra, cuidará de ti.

Aquello no le tranquilizaba nada. Pero no objetó nada.

—Hasta luego, Daniella.

Y se marchó.

Daniella se quedó allí mirando todo a su alrededor. Miró a la zozombra, estaba en una esquina muy alejada de ella. Tal vez la temiera, o tal vez pensara que Daniella le tenía miedo... la tripa de Daniella rugió. Miró el frasco de galletas, suspiró.

—Voz de las narices, ¿me como las galletas o no? —luego se abofeteó como si hubiera hecho una estupidez— Bueno, supongo que si no me impides comerme una, me la puedo comer.

Cogió el frasco de galletas y se sentó en el sofá, lo abrió y metió la mano. Se encontró con una galleta con forma de “D”. Enarcó una ceja, la olfateó, la chupó un poquito para comprobar si sabía bien y le dio un bocado. Pareció saberle bien porque después se comió una “A” y después una “N” y paró porque... no sabemos por qué paró. Se levantó del sofá cerrando el frasco, lo dejó en el sofá y se puso a curiosear por cada rincón. Detrás de un armario pudo ver marcas rajando el papel de la pared formando malamente su nombre y el de Zozo. Acarició las marcas y cerró los ojos...

—¡Nada!

Refunfuñó algo que no entendimos y se volvió al sofá. Se sentó sobre sus piernas y cruzó los brazos. Así se quedaría hasta que llegaran los demás.

Zozo entró en el palacio de nuevo por la puerta principal. Ahora le tocaría buscar a ese par de tontos, a saber dónde estaban.

Pues eran más tontos de lo que pensaba porque seguían en el mismo sitio donde los dejó, sentados en el suelo y con toda la comida alrededor.

—Vaya, al menos no habéis pasado hambre.

Los dos se levantaron rápidamente.

—¿Dónde está?

—Tú debes de ser Lauren entonces —se puso frente a ellos— Ella está bien, jamás le haría daño.

—Eres un demonio —le recordó Tommy.

—Quizás —reflexionó— Pero no con ella. Es quien me mantiene vivo.

—¿Dónde está? —Lauren estaba perdiendo la poca paciencia que le quedaba. Habían sido unas horas de infierno, sin saber si volverían a verla. Decidieron pasar la noche allí pero habían pensado en marcharse al levantarse. Menos mal que no lo hicieron todavía.

—Quiere veros.

—Pues llévanos.

—Antes tenemos que dejar claras unas cuantas cosas —puso las manos detrás de su espalda— Ella es mía. No intentéis nada para que vuelva a separarse de mi lado.

—No es un objeto y tiene que volver con su familia.

—Su familia la rechazó —dijo entre dientes. Tommy no hablaba, solo observaba cómo los dos se retaban— Su familia fue quien la echó. Su familia la trajo hasta mí. Su familia es la culpable de todo esto —hizo un gesto con la mano abarcando todo el castillo— Así que su única familia, soy yo.

RUTH: Puaj.

MONIKA: ¿Qué te ocurre?

RUTH: Zozo se volvió asqueroso. Pensé que era su amigo, no su trofeo, ni su juguete. Ahora mi personaje favorito es la zozombra. Asco de celos y toda esa historia. Me voy donde nievan muñecos de nieve.

Tommy se adelantó e hizo una advertencia a su amigo.

—Está bien, aceptamos tus palabras —levantó una mano para calmar a Lauren que estaba que echaba humo— llévanos ante ella si es que sigue viva.

—Claro que sigue viva y casi intacta. —Lauren gruñó— Es que es muy torpe y no deja que nadie le ayude y se cae ella sola con ella misma... Siempre ha sido así.

—¿Cómo lo hacemos?

—¿El qué?

—El que nos lleves allí, qué va a ser.

—Oh, eso.

Los cogió sin avisar y se los llevó por los aires.

Antes de entrar Lauren le dijo a Tommy que igual tendrían que haber hablado con su familia en Über.

Y Zozo abrió la puerta.

Miró dentro y la cerró de nuevo.

Lauren fue a empujarlo para abrirla él mismo, pero Zozo no lo dejó.

—Espera, quizás necesite un poco de tiempo.

—¿Tiempo, para qué? —Tommy estaba malpensando. Nada de esto le daba buena sensación.

—Bien, pues no sé. ¿Para estar sola? —improvisó.

—Daniella no necesita tiempo para eso. ¿Qué está pasando ahí dentro? —Lauren ya estaba más asustado que enfadado.

—Nada, pero dejémosla un rato sola.

— Ni sola ni leches —empujó a Zozo y abrió la puerta de un portazo.

Y se quedó a cuadros.

Daniella corría por la habitación, persiguiendo a no se sabía qué (ya os aclaro que era la zozombra) mientras se golpeaba hasta con el aire invisible. Caía y volvía a levantarse y correr.

—Ven aquí, cariño, no te haré daño —decía como si le hablara a un bebé.

—Te dije que era mejor dejarla sola un rato —rio Zozo.

Tommy no pudo evitarlo y rio con él.

—Nunca cambiará...

—Niña malcriada, ¡estate quieta! ¡¿Es que quieres matarte?!

Daniella volvió a levantarse de su última caída y miró hacia la puerta. Sin pensárselo, salió corriendo y abrazó a sus amigos. Y los tres cayeron al suelo.

Zozo sonrió. Si la hacían feliz, era lo único importante.

La zozombra se abalanzó sobre Zozo imitando a Daniella y él se tiró al suelo para que no se sintiera mal por atravesarle y no lograr tirarle.

Después del reencuentro, Lauren cogió la mano de Daniella y junto a Tommy se fueron al otro lado de la habitación y empezaron a hablar. Zozo acariciaba la barbilla de la zozombra y estaba movía su cola llena de alegría.

—Pues nos vamos —oyeron decir a Lauren. Ambos se apenaron de tal decisión y tiraba tanto de Daniella que pareciera que le iba a arrancarle el brazo.

—¡Ya basta!, no tires más de su brazo. Ya bastante daño se hace ella sola al tropezar para que le tengas que hacer más daño tú.

—Lo hago por su bien.

Zozo suspiró llevándose una mano a la cara tapada. Luego una risita nerviosa le salió, aquello asustó a muchos en la habitación.

—Ya veo lo que pasa aquí. Todos obramos por su bien sin dejar que ella decida. ¿Y bien, Daniella qué prefieres tú? —La zozombra había traído una pelota y la arrastraba mientras soplaba, se había quedado al lado de Daniella invitándola a jugar, pero como todos estaban en silencio mirando a la niña, se achantó al lado de la pelota.

—Qué va a saber una niña malcriada —y se cruzó de brazos.

CAPÍTULO 9

La Reina de Wald



Dos días después seguían todos en la habitación. No les había faltado de nada. Zozo se encargó de proporcionarles un baño, ropa limpia y comida. A regañadientes Lauren había aceptado jugar con ellos. Tommy, quien había congeniado con Zozo rápidamente, estaba ahora con él intercambiando hechizos. Daniella con ellos, rompiendo, porque a la pobre se le resbalaban de las manos, cada probeta. El suelo, si no fuera por los poderes de los magos, no existiría ya. Tommy reía, Zozo le daba unas palmaditas en la cabeza y Lauren resoplaba cada vez que volvía a hacer de las suyas.

—¿Vamos a pasarnos la vida aquí?

—No seas aguafiestas, Lauren, tenemos derecho a divertirnos.

—Claro que sí, pero tendremos que volver a la realidad en algún momento.

—Pues sí, pero no ahora.

Zozo levantó la cabeza y prestó atención. Había escuchado algo.

—Alguien se acerca.

Tommy y Lauren se acercaron corriendo a la ventana.

—Dime que tengo alucinaciones.

—Daniella... ¿puedes venir?

—Qué pesado eres, niño de Neandertal —pero se acercó a ellos.

La cara se le descompuso.

—No se atrevería...

—Vaya, así que el gran Duque se atreve a pisar de nuevo el castillo, ¿eh? —el tono de Zozo era de burla— Habrá que darle la bienvenida que se merece, entonces.

—¿Qué vas a hacerle? —Inquirió Daniella.

—Voy a darle los “buenos días, querido”— trató de imitar el acento británico.

—No me fío de él.

—Haces bien. Salió de la nada un día en Wald. De la nada no nace nadie.

—¿Y tú sí?

—No nací de la nada, muchacho. Simplemente me oculté de los demás hasta que volviera.

—Pues te ocultabas fatal.

Zozo se acercó a la puerta para cuando un cuerno llamó a la puerta.

—No quiero la tertulia de la semana, gracias —bromeó Zozo— Ni me interesa el sermón de la noche.

El cuerno volvió a golpear la puerta. Zozo la abrió un poco.

—¿Sí?

—Buenos días, querido. Si sabes que soy yo, no digas tremendas porquerías. Vamos, déjame pasar. Tengo mucha sed.

—Lo siento, pero no.

—Tengo sed.

—Tienes mucha agua a tu alrededor...

Dentro Tommy y Lauren tenían a Daniella cogida para que no hiciera ruido. Pero conforme el caballo con cuerno hablaba, más nerviosa se ponía hasta que los hizo caer.

—¿Qué ha sido ese ruido? Ha sonado muy fuerte, querido. ¿No vas a ir a ver?

—Habrá sido zozombra, estaba jugando antes a la pelota con ella... así que habrá tirado algo. Hasta luego. — Y se la cerró en sus narices. Se puso el dedo índice en lo que sería la boca hasta pasada

media hora. Pese a que seguía sin fiarse les apremió para que hablaran en voz casi inaudita.

—Siempre te tienes que caer, niñ...

—¿No es extraño que un unicornio haya venido a este lugar cuando está rodeado de agua o a saber qué? Zozo viene volando...

—¿Un qué? —Zozo pensó que no había entendido bien.

—Un unicornio —repitió ella— ¿Ahora tampoco me vas a entender?

—¿Lo veis como un unicornio? —la sorpresa en su voz fue evidente.

Daniella miró a sus amigos, ¿Zozo estaba perdiendo la cabeza o qué?

—Creo que estar demasiado tiempo aquí con Zozombra te ha afectado. No te preocupes —lo consoló— es normal que con esa capucha no veas nada.

—¿Qué capucha, Daniella?

—Pues la suya, Tommy, ¿no lo ves? —señaló la cara de Zozo.

—No, si yo lo veo, la que creo que no lo haces eres tú.

—No lo hará hasta que me perdone —les explicó Zozo esperando que no ahondaran más en el tema, aunque vio la comprensión en los ojos de Tommy.

—Vale, no hay capucha y no lo veo, hasta ahí lo entiendo. Pero que es un unicornio... lo es, ¿verdad? —gimió ya.

—Lo es —confirmó Lauren.

—Se supone —dijo Tommy.

—No sé qué hizo, pero esa alma maldita no es ningún unicornio. Acabaré con él —sentenció Zozo y, sin más explicaciones, abrió la puerta.

—¿Te vas?! —Tommy trató de alcanzarlo antes de que cometiera una locura. Pero no llegó a tiempo, se marchó.

Zozombra se quedó llorando como un perro aúlla en la noche. Tommy trató de tranquilizarlo, le acarició la cabeza y al cabo de unos minutos, se durmió en sus piernas.

—No entiendo nada.

—Tú nunca entiendes nada.

—Cierto. Pero me gustaría que dejara de ser así. ¿Cómo es la cara de Zozo?

Aquello le molestó a Lauren.

—No te lo podemos decir —le explicó Tommy. Forma parte de tu recuperación de la memoria.

—Pfff... ¿y ese dato es el que me hace recordar, qué?

Zozo voló por los alrededores, no debía de estar muy lejos. Siempre sentía su asquerosa presencia por días hasta que se movía hacia algún lado. Y estaba seguro de que había sentido la presencia de Daniella.

Escuchó un chasquido entre los árboles más lejanos y esquivó el golpe a tiempo, era un arma afilada que estiraba con un gancho. Zozo no tenía armaduras, nunca le habían hecho gracia, pero se quejó a su terquedad a usarlas en aquellos momentos, pues no solo lanzaba un arma afilada, sino que eran tres en total. Estaba aún muy cansado. Y no sabía cómo iba a soportar así, por más tiempo. No quería que la ira ni el odio le gobernaran de nuevo. Debía ser fuerte. Por él. Por Wald. Y por Daniella.

—¡Tan cobarde como siempre! —Esquivó otra— Nunca fuiste capaz de enfrentarte a mí cara a cara. ¿Tanto miedo me tienes, hermano?

—¡No vuelvas a llamarme así!

—Oh, pero eso es lo que somos, te guste o no. —se hizo un profundo silencio— Al menos yo te consideré así.

—¿A mí? —el Duque salió de entre las sombras— ¿Al bastardo? —escupió con rabia.

—Eres tú quien lleva el título, ¿recuerdas?

—Me lo gané —se puso frente a frente, tan parecidos que podían llegar a confundirse, excepto por la cicatriz que cruzaba su cara.

—Te lo habría cedido de buena gana, nunca lo quise.

El Duque rio.

—Eres un hipócrita. Nunca lo quisiste porque ibas a reinar sí o sí.

—No la metas en esto, es una niña.

—Una niña comprometida contigo desde el día en que nació. ¿Se lo dijiste ya? —vio la cara de su hermano y supo la respuesta— Ya veo que no —rio de nuevo— ¿Qué pensará cuando lo sepa? Quizás te odie más de lo que lo hace.

Zozo rugió y se abalanzó sobre él. Los dos cayeron al suelo, rodando. Se sentó sobre su hermano y comenzó a golpearlo.

—¡Parad ya!

Zozo levantó la vista, olvidando a su hermano malherido.

Valeria...

—¿Qué está haciendo ella aquí? ¿La has traído para que me dé pena y luego le arranques algo más? —Su hermano rio con una risa macabra.

—No seas ingenuo, sé muy bien por qué no tengo piernas. Deja de culparlo a él, tú eres la razón.

—¿Que yo, qué? ¿En qué clase de embrujo la metiste ahora?

—En el más fuerte —contestó Valeria. La forma en la que lo miró fue suficiente...

MONIKA: ¿De qué forma lo miró?

RUTH: Esa forma en la que miras una silla por primera vez en todo el día después de no parar de hacer recados, esa forma en la que miras a Zozo desde la primera vez que habló cara a cara con Daniella.

—No puede ser...—la voz cascada de Zozo se había vuelto ronca.

—Claro, como no tengo piernas soy un monstruo y nadie me quiere... Se acabó, Zozo.

—Te equivocas. Dije que no podía ser porque lleva persiguiendo a tu hermana desde que volvió a Wald tratando de convencerla para que se case con él. —Zozo se sintió mal, no debió haber soltado eso.

—Te equivocas tú, ¡está muerta!

—En ese caso, tu amor caza fantasmas...

—¿De qué estás hablando? —una lágrima cayó por su mejilla.

—Tu hermana está viva, Valeria. —Zozo se levantó y pateó a su hermano. Menudo idiota...

—Mi hermana murió. Por eso mi familia no existe, ¡por eso me dejaron sola! —estaba fuera de sus casillas.

—No... Solo te engañaron.

Ella negaba con la cabeza, eso no podía ser cierto.

—Tienes que superarlo, Zozo, ella jamás volverá.

—No quieres verlo, ¿verdad? Entonces míralo tú con tus propios ojos.

Valeria miró al Duque.

—Y tú lo sabías...

—Nadie creyó nunca esa muerte, Val, eres demasiado ingenua.

—Ingenua... Quizás si no hubiera tenido que ver morir a mis padres en manos de un asesino cuando mi hermana mu... desapareció, si no hubiera perdido mis piernas por tus experimentos, si Wald no se hubiera convertido en esto...

—Deja de quejarte —cortó el Duque— Eres débil siempre lo fuiste. Está claro quién se llevó toda la fortaleza.

Zozo se rio y los dos lo miraron extrañados.

—Nada —carraspeó. Pero es que lo de la fortaleza le había hecho gracia. Daniella... quien se pasaba más de media vida en el suelo.

—¿Sabes dónde está “mi supuesta hermana”?

—Sí.

—Llévame con ella.

—¿Y ponerla en peligro? Jamás.

—Es mi hermana, nunca le haría daño.

—Permíteme dudarlo, Valeria. No voy a correr ningún riesgo.

Valeria se puso roja de la rabia y empezó a chillar, luego chasqueó los dedos y empezaron a caer pianos del cielo.

RUTH: ¡¡Lluvia de pianos, qué bien!!

Los pianos caían y los dos hermanos los esquivaban como podían.

—Ya está bien.

Zozo la miraba estupefacto, ¿desde cuándo sabía hacer magia? ¿Acaso su hermano le había enseñado con el propósito de que fuera un peón? Daba igual, tenía que poner fin a todo aquello, no le quedaba de otra manera, tenía que llamar a quienes junto a Zozombra había sido su única compañía.

—¡¡Faal!!

Una llamarada de fuego fulminó a los pianos que caían. Un aliento de hielo congeló el aire, y un rugido trajo una tormenta.

—Siempre fuiste el que jugaba con cosas tan deprimentes. Que si sombras, que si barro y ahora ¿qué ha sido? ¿Con qué has creado a estos dragones?

—No los creé, son mis amigos. —Zozo sonrió ampliamente. Y los dragones se abalanzaron sobre aquellos dos. — No tendrás escapatoria, para todo el mal que has causado.

—Shhhh... Quieto y parado.

Los dragones se quedaron quietos y Zozo maldijo. ¿Es que no tenía otro momento para aparecer?

—Tommy... —porque no tenía ninguna duda de que había sido él— Esta me la pagas.

—Como si fuera fácil decirle que no —y no era una mala excusa, es que se ponía insoportable.

—¿Qué pensabas hacer, Zozo? —nuestra protagonista heroína caminó hacia él, no sin antes tropezarse con la pata de un dragón y llevarse a Valeria, que mira que es difícil porque la chica medio levita o vuela por no tener pies, al suelo.

—Otra vez tú —lloriqueó la pobre princesa sin pies.

—Lo siento —intentó ayudarla a levantarse, pero la otra la ignoró.

—Y vino ella solita por su propio pie... ¿Cómo estás, querida?

Daniella miró hacia donde venía la voz y vio una copia de Zozo.

—¿Zozo?

—Estoy aquí, princesa —él se puso a su lado. Al otro, porque en uno ya estaba Lauren, obvio.

—No la llames así —se quejó Valeria.

—¿Acaso no lo es?

—No, ella no es mi hermana. No puede serlo —negaba con la cabeza.

—¿Su qué?!

—Ha dicho hermana.

—Eso lo sé, niño de Neandertal —le dio una patada a Lauren con la mala suerte de que su dedo dio en la espinilla de él, haciéndola llorar de dolor.

—Pues para qué preguntas, estúpida niñata malcriada...

—Bueno, y ahora que hemos descansado un poquito que tal si...—de la nada apareció delante de Daniella en pos de cogerla y llevársela, pero Daniella le pegó una patada en la cara y lo rechazó al instante. —Serás...

—Soy —Dijo Daniella— ¿Y tú quién eres?

Zozo, el bueno, la miró aliviado. Por fin había recordado quién era. Al menos sonaba más segura.

—Soy el rey de Wald. Y como rey...

—Te has saltado puestos en la monarquía —sentenció Tommy— Por el real decreto de Wald,

fechado por nuestros queridos amigos los Diminutos del Sur, deberías ser desterrado de Wald, pero eso no me corresponde a mí decirlo, sino a Daniella, ya que es, por derecho de nacimiento la Reina.

Daniella, como siempre, dando diana para encontrar los mejores momentos, se desmayó.

—Auch...

—¿Estás bien? —Zozo corrió a su lado y la ayudó a levantarse del suelo.

—Sí, tranquilo, me suelo despertar así —se tocó el chichón de la cabeza y suspiró.

—¿Te despiertas cayéndote de la cama? —intentó sonar serio, pero no lo consiguió.

—Es patosa a más no poder.

Daniella miró con los ojos entrecerrados a Lauren.

—Buenos días para ti también, Neandertal —miró alrededor, localizó la comida y fue directa hacia ella —Estoy hambrienta.

—Qué novedad...

—¿Dónde está Tommy? —ignoró el comentario de Lauren.

—Con el Duque y Valeria —Zozo le preparó un tazón de leche y se lo ofreció.

—Gracias. ¿Y dónde están ellos?

—Encerrados, esperando que decidas su futuro.

Se atragantó con la leche.

—Yo no soy nadie para hacer eso.

—Eres la Reina de Wald. Aunque la ceremonia aún no se haya celebrado, lo eres en funciones.

—¿Y eso quién lo dice? —fue a coger una servilleta del servilletero, pero se le resistía. Zozo fue a ayudarla cuando ella, cabezota como ella sola, jaló. Y la servilleta salió, claro que sí, golpeándose en la cara del mismo impulso, todas las demás volaron por la mesa y ella, ofuscada, cogió el servilletero y lo mandó a volar. Esos chismes siempre haciéndola enfadar.

—Yo, que soy quien estaba gobernando —Zozo empezó a recoger las servilletas.

—Yo no tengo ni idea de cómo gobernar un reino, ni siquiera sé quién soy, no puedes dejarme eso a mí. Todo tuyo —se encogió de hombros.

—Alguna manera tiene que haber para que ella recuerde, Zozo.

—Y la hay. Pero será duro.

—No me importa —sentenció nuestra valiente protagonista— ya es hora de descubrir la verdad.

Zozo la puso a hacer ejercicio, empezó con unas flexiones, después abdominales, unas carreras

por el cuarto, la hizo usar un caballito de madera que tuvo que volver a construir, la hizo saltar, rodar por el suelo... se cayó varias veces y lo de rodar realmente no estaba previsto para Zozo, era más bien algo producto de Daniella, pero que, viendo lo bien que se desenvolvía no lo descartó.

—No estoy recordando nada —dijo jadeando cuando la dejó descansar con la merienda.—Zozo se rio un poco—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Qué ocurre?, te lo ordeno.— Creyó encontrar una utilidad a lo de ser reina.

—Está bien, es que esto no forma parte de hacerte recordar, era para mantenerte en forma— Daniella se había levantado y la estaba mirando furiosa— te estabas poniendo enorme— trató de decir con sutileza, pero Daniella le administró cosas que lanzaba.— No, no te pongas así, princesa. Era por tu bien.

Juro que esta me la pagas cuando sea reina —dijo entre dientes, dejando a un lado el cuchillo que había cogido para lanzarse, el ejercicio le estaba sentado mal.

RUTH: Yo creo que le sentaba bien, le hacía falta.

MONIKA: A mí también me sienta mal.

RUTH: Sin comentarios...

Daniella, se quedó observando a Zozo mientras pestañeaba sin parar.

—¿Estás bien?

—Eh... Sí —tragó saliva— Tus ojos son grises.

Las cejas de Zozo se elevaron, ¿sería posible que comenzara a perdonarlo? Era cierto que se llevaban bien y que ella no parecía temerle, incluso confiaba en él. Pero eso era porque aún no recordaba lo que supuestamente él hizo.

—¿Los ves?

—Sí —se acercó un poco más a él— ¿por qué la tapucha te tapa la nariz y la boca?

RUTH: ¿Tapucha?

MONIKA: Es lo que dijo.

RUTH: Tapucha... sí que le sienta mal el ejercicio.

Zozo sonrió y le puso un brazo sobre los hombros.

—Porque es lo que tú quieres.

—Ah... Eso lo deja claro.

—No seas cínica. Creo que debemos bajar y ver cómo están Tommy y Lauren.

—No tenías que haberlo mandado a él también —le riñó.

—Claro que sí, si hubiera visto la de golpes que te llevaste, le hubiera dado algo.

—Zozo...

—¿Sí?

—Quiero acabar con esto ya, necesito recordar. Si es que tengo algo que recordar.

—¿Estás segura?

Ella afirmó con la cabeza. Zozo la cogió y salieron volando por la ventana.

—¿Cómo hemos atravesado la ventana sin romperla? —Pero Zozo no dijo nada.

Llegaron a una cascada de agua de un color dudoso. Hacía rasca, el cielo estaba nublado y las urracas graznaban.

—¿Dónde estamos, Zozo?

—Paciencia...

El cielo comenzó a ponerse negro.

—Tienes que beber agua. —le explicó ofreciéndole un cuenco lleno de agua de la cascada. Daniella lo miró asqueada. Olió el cuenco y reprimió las ganas de vomitar.

—No pienso tomarme eso.

—Por favor, Daniella, no seas tan superficial.

—Pero el color es tan... y huele a...

—Igual es porque tú quieres que sea así. Esta agua es mágica. La séptima cascada de altas cumbres tiene el poder de clarificar la mente. La primera, la de la falda de la montaña, tiene el poder de purificar el cuerpo, por eso es azul transparente. La segunda tiene el poder de encontrar tus deseos más ocultos, por eso es verde hongo. La tercera tiene el poder de curar todas las enfermedades que se pueden curar, por eso es amarilla. La cuarta tiene el poder de encontrar lo perdido, por eso es de color marrón. La quinta tiene el poder de saciarte, por eso es de color rosada. La sexta tiene el poder de plenitud, por eso es blanca. Y la octava tiene el poder de darte poderes mágicos, por eso es transparente.

—Vaya, me alegro de no tener que beber de la cuarta cascada —empezó a andar para atrás—

Quita eso de mi vista, Zozo —le advirtió.

Él caminaba hacia ella.

—Vamos, no me digas que eres un cobarde —a ver si chinchándola...

—Todo lo cobarde que quieras, pero no pienso beber eso.

—Nunca digas nunca.

—Oh, claro que lo digo, no habrá poder divino que me haga beber eso.

RUTH: Eres la que escribe ahora, acaba de desafiarte.

MONIKA: Ya me di cuenta, verás ahora.

De repente, una piedra apareció de la nada. Su talón fue directo a golpearse con ella, Daniella perdió el equilibrio y cayó de espaldas.

—Auch...

Zozo aprovechó ese momento para derramarle agua en la boca.

La pobre casi se ahoga, pero la cuestión es que la bebió.

—Serás... ¡Serás...! —se levantó como un torbellino mientras escupía.

—La suerte está de mi lado.

Daniella miró al suelo para coger lo que fuera que hubiera y tirárselo a la cabeza pero, extrañamente, estaba completamente liso.

Lo miró con una ceja enarcada.

—Me estoy empezando a enfadar, Zozo, y eso no es bueno.

Él sonrió ampliamente. Esto se iba pareciendo más a la Daniella que él recordaba.

Daniella bostezó.

Zozo se temió lo peor. Se durmió de pie unos segundos, luego sonrió ampliamente y dijo algo:

—Te llamaré Zozo, no hay maz que hablar.

Zozo abrió los ojos, nunca se había percatado hasta ahora que Daniella de pequeña ceceaba. Entonces... le estaba llamando “soso”. Aquello por extraño que parezca le hizo reír profundamente, hasta tuvo que tirarse al suelo.

—¿Zozo? —Despertó Daniella encontrándose en el suelo, muerto de risa— Oufff, Zozo, ¿qué pasa ahora?

—Nada —se levantó, con la mano en el estómago del dolor por reír— Ya es hora de irnos.

—Odio no enterarme de las cosas.

—Tranquila, mi pequeña quejica, ya queda poco.

—No seas condescendiente.

—¿Yo? Jamás se me ocurriría.

Entraron en la habitación donde estaban los demás. Ambos prisioneros estaban atados y amordazados dentro de una jaula de metal que desprendía chispas.

—¿Qué es eso? —antes de terminar la pregunta, ya tenía a Lauren a su lado con la mano cogida. De verdad, lo de este chico no tenía explicación. Gruñó y lo ignoró.

—Una jaula que repele la magia. Me costó muchos años crearla.

—Ah... No me gusta verlos ahí.

Ninguno dijo nada, solo observaron a los dos presos.

—¿Repele la tuya?

—No, ¿por qué?

—Quiero hablar con ellos.

Tommy miró a Zozo, quien asintió con la cabeza. Tommy les quitó la mordaza.

—Hermanita, ¿vienes a sacarnos? —Valeria era toda dulzura.

—Me gustaría, sí.

—Pero no la dejarán —aclaró el Duque— La tienen dominada, hará lo que le digan que haga.

—¿Por qué no te callas?

—Oh, pero tiene genio —rio.

—Más del que crees, no te gustaría verme enfadada.

—¿O qué? ¿Me convertirás en un animal asqueroso?

—Una víbora es lo que eres —lo dijo con tanta rabia que ella misma, del susto, pegó un bote, pisó a Lauren, perdió la estabilidad y fue a caer al suelo, Lauren incluido.

—Ya te echaba de menos —ironizó él levantándose.

Un grito horrible les llamó la atención. Todos miraron hacia la celda y vieron a Valeria levitando y a una enorme víbora en el suelo... Haciendo el ruido que hagan las víboras, que entendida en animales no soy.

Daniella trepó por Zozo que le parecía el más alto de los que estaban allí y se sentó en su hombro cual lorito.

—Echadla fuera o algo. ¿De dónde demonios ha salido?

—No creo que podamos echarla, niñata. ¿No crees que falta alguien?

—¿Faltar? ¡Yo veo lo que sobra!

—Sobra que hables. Piensa y mira a tu alrededor.

—¿Y el Duque?

—Es la víbora.

—Al menos todos veis lo que yo veo.

—Lástima que no oigas lo que yo oigo —espetó Lauren— ¿Y por qué te has subido en él?

—¿Prefieres que esté encima de ti? —Lo calló enseguida Zozo.

—Pero ¿cómo se ha transformado?

—Lo hizo cuando dijiste que era una víbora.

—¿Estás diciendo que he sido yo la culpable? Claro, yo soy la culpa de todos tus males, Neandertal.

—Desde que te conozco tengo unos cuantos moratones... tú sabrás.

—¿Y los que tengo yo en la mano, niño de las cavernas? Eres un... Eres un...

—¡No lo digas! —Lauren gritó, rogando, a saber en qué lo convertiría.

Daniella le echó una mirada que echaría a correr a cualquiera si supiera echarla, claro.

—Cállate, insoportable.

Zozo la bajó. No fue fácil ya que parecía un chimpancé agarrándose a cada parte de su cuerpo.

—Hermana, por favor ¡Sácame de aquí! —Valeria iba a sufrir un ataque al corazón.

—Sácala, Tommy.

—Pero...

—¡Que la saques!

—Sí, su majestad.

—No está tan mal esto de ser Reina, Zozo, tal vez compartamos el reino.

—La única Reina soy yo, si este hijo del demonio me deja gobernar.

—Para evitar que tú gobiernes lo hago yo. ¿No te da pena cómo dejaste Wald?

—Yo no hice nada, fuiste tú. Tienes que creerme, Daniella.

Pero Daniella ya no estaba allí. Zozo miró alrededor y maldijo al ver que había desaparecido de su lado sin darse cuenta.

Buscó a Lauren con la mirada, él seguro que no la perdía de vista. Y así fue, estaba en una esquina con Tommy, moviéndose de un lado a otro.

—¿Pero qué...?

Siguió la dirección de su mirada y vio a Daniella volando por la habitación. Golpeándose con cada pared.

—Lo tengo que conseguir... —decía una y otra vez— Algún día dejaré de golpearme.

—Sería curiosa verla en pleno desierto entre cactus.

Lauren miró a su amigo esperando que dijera que era una broma.

Zozo tosió:

—Mi Reina, qué hacemos con la víbora...

—No soy una víbora —protestó Valeria.

—Me refería a él.

—Oh.

—Cómo tenemos el ombliguisimo— puso los ojos en blanco.

—Lo conseguí, he conseguido estar ci... ¡auch! cuatro minutos sin golpearme. —Dejó de levitar
— Ya estoy preparada. Mi hermana estará absuelta de todos los crímenes que haya cometido. Ya ha pasado por suficiente. Pero no te daré el título, tú misma renunciaste a él, me lo dijiste en Über, ¿recuerdas?

Valeria tenía una expresión difícil de definir en el rostro, entre alivio e ira.

—Y tú... ¿Zozo, le tienes mucho aprecio?

—¿A quién? —se hizo el despistado.

Daniella levantó las manos en plan teatral.

—¿Pero qué haces?

—Cállate, Neandertal, siempre quise hacer esto —juntó las manos y señaló a la víbora—

¡Kistamo! —gritó.

No os podéis imaginar la voz de peliculera que puso...

Pero surtió efecto, la víbora se deshizo ante sus ojos, convirtiéndose en polvo.

Mis preciados recuerdos

Hola yo, escribo este diario o cuaderno o lo que sea, para por si vuelves a perder la memoria. Para por si vuelves a perder la memoria, sí, lo he vuelto a escribir, porque quiero hacer hincapié ahí.

Toda mi vida creí haber sabido quién era, por qué hacía ciertas cosas, quiénes eran mis padres, dónde estaba mi lugar. Pero no era así.

Me llamo Daniella. Vivo y nací en Wald. Es un mundo risueño y extraño a veces, pero lo adoro. Adoro perderme por sus bosques, cabalgar en dragones, huir de los agujeros del suelo, no vaya a salir algún conejo y me ponga a trabajar de ama de casa sin descanso ni sueldo. Se oyen voces que no sabes de dónde salen, otras provienen de fantasmas y otras veces eres tú misma.

Cuando era pequeña mi familia gobernaba Wald, yo era su primogénita quien siempre estaba sola porque no había nadie de mi edad, ni nadie que quisiera jugar conmigo. Entonces conocí al brujo de la Corte, él decía que no tenía nombre, que siempre olvidaba todo, así que lo llamé Zozo, aunque realmente quise llamarle Soso, porque era un chico muy aburrido y poco vivaz. Pero lo cierto, es que Zozo me gusta más porque no es para nada Soso. Recuerdo que se lo bordé en su ropa para recordarle quién era, cómo se llamaba, de dónde provenía... Surtió efecto porque nunca más olvidó quién era.

Qué frágil es la memoria y qué simples y complejos podemos llegar a ser. Que olvidando cómo nos llamamos, podemos olvidarnos del mundo que nos importó, aunque tal vez sea para proteger lo que más amamos.

Daniella, si alguna vez olvidas quién eres: No te detengas y sigue adelante, sigue las voces que te

aconsejan que no hables, que no digas tu nombre, que confíes y seas.

Diario de Zozo

Zozo... Ese es mi nombre porque el antiguo no lo recordaba. Hasta que el Duque apareció y me enteré de mi pasado, era simplemente el hechicero sin memoria de la Casa Real de Wald.

Y me gusta serlo, es quién soy.

Y todo se lo debo a Daniella. Apostó por mí desde el principio y me dio lo que nadie: amistad.

Cuando mi hermano el Duque experimentó con Valeria para descubrir si era la verdadera princesa (por eso está sin pies, si fuera Daniella, no habría podido hacerlo), ordené a Tommy, mi aprendiz, que se la llevara corriendo. Valeria jamás le perdonó a Tommy que en el momento más duro de su vida (era su mejor amigo), la abandonara. Pero tenía órdenes que cumplir, había que poner a la princesa a salvo.

Y lo hizo bien, tan bien que ni él mismo supo después dónde estaba. De ahí que ella usara el anillo para que él la viera, así de fuerte había sido el conjuro que usó para mantenerla a salvo.

Pero Daniella creó su propio mundo, ella dominaba todo, aunque siempre acababa volviendo a Wald.

Su odio hacia mí la mantenía en alerta, puesto que pensó que fui yo (es lo que vio en su día), quien cortó los pies a su hermana, aunque todos sabemos quién fue...

En fin... Esta es mi manera de seguir manteniendo mi memoria, escribir.

Si no fuera por ello, no podría vivir.

Por eso, cada vez que queráis sacar emociones, no tengáis miedo de hacerlo en un diario. La escritura es la cura más poderosa que vais a encontrar.

AGRADECIMIENTOS.

Si has llegado hasta aquí, es porque leíste esta locura.

Cuando la escribí, me divertí demasiado. Es mi primera incursión en este género y si no hubiera sido por Ruth, nunca me habría arriesgado. Y la mitad de todo esto es de ella, Wald es tanto suyo como mío.

Y si Norah y Patrick no me hubieran animado, quizás nunca la habría sacado a la luz.

Así que, si la leíste, espero que disfrutaras. Porque te la dedico a ti, por seguir mis locuras y darme la oportunidad. Y al menos espero hacerte hecho reír.

Y a Asensio y Viki... Gracias, son parte de esto como de todo lo demás.

Y en último lugar se la dedico a mi familia, sin ellos nada sería posible.

Y a M... siempre.

DESPIERTA

MONIKA HOFF